

ENSAYO

LOS DERECHOS HUMANOS Y EL NUEVO REALISMO*

Michael Novak** ***

El enfoque desarrollado en este ensayo sobre el tema de los derechos humanos, en tanto una de las fuentes inspiradoras de la política externa norteamericana, trasciende la pugna entre pragmáticos e idealistas y va al fondo del problema: qué se entiende por derechos humanos, qué tan universales efectivamente son, cómo asumir el compromiso con ellos en términos de estrategia política, cómo alimentar la promoción de esos derechos frente a una doctrina y a una potencia mundial que los rechaza como expresiones de la legalidad burguesa, no obstante invocarlos y utilizarlos como armas desestabilizadoras de sociedades y gobiernos que no controla.

Los planteamientos de Novak se apartan considerablemente de los temores que la bandera de los derechos humanos ha suscitado entre el conservadurismo político y constituyen una exhortación a asumir esta causa en

* Este ensayo, titulado originalmente *Human Rights & The New Realism: Strategic Thinking in a New Age*, fue publicado por el autor en homenaje a Juan Pablo II en 1986. El libro pertenece a la serie *Perspectives on Freedom* (Number 5) y apareció bajo el sello editorial de Freedom House, Nueva York, 1986. La publicación y traducción han sido debidamente autorizadas.

** Profesor universitario e investigador del American Enterprise Institute. *Estudios Públicos* ha publicado varios trabajos del profesor Novak en diversas ediciones: "Cultura y Capitalismo" (Nº 4-5, especial sep.-dic. 1981); "El Espíritu del Capitalismo Democrático" (selección, Nº 11, Invierno 1983); "Las Bases Evangélicas de una Economía de Mercado" (Nº 15, Invierno 1984); "Pensamiento Social Católico e Instituciones Liberales" (Nº 20, Primavera 1985).

*** Agradezco al profesor Joseph S. Nye Jr., de la Universidad de Harvard, presidente de la colección de la cual este ensayo forma parte; al profesor Stanley Hoffmann y a Samuel Huntington, que fueron rigurosos comentaristas de la versión presentada en la Escuela de Asuntos de Gobierno John F. Kennedy, durante la tarde del 26 de noviembre de 1985, y a todos quienes hicieron contribuciones críticas y beneficiosos comentarios en esa larga conversación.

forma responsable y cabal, al margen de toda suerte de oportunismos y desde la base ética y espiritual en que ella se funda. A juicio del autor, la protección efectiva de los derechos de las personas depende de todo un conjunto de instituciones jurídicas que sólo representan "barricadas de pergamino" si faltan las ideas, hábitos y tradiciones que les dan sentido. Ello supone, entonces, una clara comprensión de ciertas ideas básicas acerca de la naturaleza de la persona humana, de las comunidades humanas, del Estado limitado y del bien común.

De allí la necesidad de una "guerra de las ideas", que es vista, en este artículo, como un elemento clave de la lucha contra la Unión Soviética, el principal adversario de los derechos humanos, según este ensayista. Porque a pesar de que los soviéticos profesan su materialismo, entienden mejor que nosotros el poder de las ideas. Y porque, en el mundo actual los intelectuales y otros miembros de la "nueva clase" tienen y tendrán una influencia creciente.

Junto a la virtud como idea general, creo que ninguna es tan hermosa como la idea de los derechos, y por cierto ambas ideas se hallan mezcladas. La idea de los derechos no es nada más que el concepto de virtud aplicado al mundo de la política. . . El hombre del pueblo americano ha concebido una elevada idea sobre los derechos políticos, debido a que posee algunos; no ataca los de otros, a fin de que los suyos no puedan ser violados. . . No puede caber duda de que cuando los derechos políticos son concedidos a personas que hasta entonces han estado privadas de ellos, se produce un momento de crisis, que a menudo es necesario, pero que siempre es peligroso. . . Nunca será repetido con demasiada frecuencia: nada es más maravilloso que el arte de ser libre, pero nada es tan difícil como el aprendizaje de la libertad.

Alexis de Tocqueville

Exposición de Tesis

Permítaseme resumir con claridad mi primera tesis: una política externa comprometida con la protección universal de los derechos humanos no asegura la "paz". Directamente opuesta a la visión soviética del orden mundial, en la cual los conceptos occidentales de los derechos políticos y civiles son denegados, y cuya propia senda hacia los "derechos" sociales y económicos es incompatible con la libertad,¹ tal política es también opuesta a muchas ideas, hábitos e instituciones que prevalecen en la mayoría de las naciones "tradicionalistas" (no liberales). Una política de derechos humanos es sub-

1 ". . . para los marxistas, tanto el concepto de la libertad como la idea de los derechos humanos, tal como los definen los pensadores iluministas y los ideólogos de la Revolución Francesa, son las expresiones específicas de una sociedad burguesa que está al borde del colapso. Los escritos de Marx, desde la *Cuestión Judía* en adelante, descalifican completamente de todas las exigencias sobre la permanente validez de "la libertad burguesa" y los irremovibles derechos humanos. Leszek Kolakowski, "Marxism and Human Rights" *Daedalus*, 112 (Otoño 1983): 84.

versiva; implica una restructuración del orden universal. Esto puede ser deseable, pero también es inherentemente conflictivo. Querámoslo o no, este conflicto ya está entre nosotros.²

Mi segunda tesis es que la protección de los derechos humanos tiene una existencia real, no en palabras dichas o escritas en pergaminos, sino en ideas específicas, instituciones y asociaciones li-

- 2 Perfeccionar desacuerdos —poniéndolos con exactitud— es un difícil arte. Ya que Stanley Hoffmann fue un comentarista en la presentación original de esta charla, nos gustaría señalar nuestros puntos de acuerdos y desacuerdos, tan explícitamente como sea posible. Como puntos de acuerdo: el profesor Hoffmann afirma claramente: 1) que "los deberes más allá de las fronteras", requieren un lugar sólido para la política de los derechos humanos en la política externa; 2) que sus razones para esto son a la vez morales y políticas; 3) que las "consideraciones éticas" y la construcción de una "ética cosmopolita" corrientemente juegan un papel significativo en política exterior, yendo mucho más allá que las premisas de Maquiavelo; 4) que aunque una política de derechos humanos pareciera inclinar el debate internacional hacia la tradición liberal occidental, está a salvo de un mero imperialismo cultural por su preocupación por los derechos individuales universales; 5) que los derechos humanos son "subversivos" y exigen esfuerzos para cambiar la política de muchos gobiernos existentes; 6) que estos esfuerzos deben ser conducidos modesta y prudentemente, con un ojo hacia resultados concretos, más que hacia polémicas retóricas o posturas simbólicas; 7) que la principal forma de "deberes más allá de las fronteras" es la protección de los derechos civiles y políticos individuales, y 8) que la diferencia entre derechos políticos y civiles, por una parte, y derechos económicos, por la otra, está, a menudo, insatisfactoriamente establecida. Referencias para cada una de estas afirmaciones pueden encontrarse en *Duties Beyond Borders: On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics* del profesor Hoffmann (Syracuse, New York: Syracuse University Press, 1981; en adelante citado como *(Duties)* y en su "Reaching for the Most Difficult: Human Rights as a Foreign Policy Goal", *Daedalus* 112 (Otoño 1983): 19-49; de aquí en adelante citado como "Derechos Humanos".

Nuestros desacuerdos son fundamentalmente cuatro: 1) El Dr. Hoffmann sostiene que la política de derechos humanos en EE. UU. debe dirigirse primariamente a los "clientes" de los Estados Unidos (como los llama) sobre la base de que los resultados pueden obtenerse allí más rápidamente (ver N° 45 *infra*). El mantiene a la URSS fuera del foco central. Mi ensayo ofrece un orden algo diferente: a largo plazo, una atención más precisa a la nomenclatura soviética; una actitud menos descalificadora hacia los aliados, incluyendo el reconocimiento de por qué un progreso a corto plazo puede esperarse entre ciertos aliados tradicionales, basado en ya existentes fuerzas positivas. 2) Aunque soy estudiante de filosofía y teología, más bien estoy interesado en la difusión mundial de las "ideas ordenadoras" de las cuales surgen las instituciones de los derechos humanos, y con el requerimiento concreto de desarrollar dichas instituciones. Como estudiante de política internacional, Hoffmann observa cara a cara a Ruggie en *Daedalus* (Otoño 1983) que él mismo está más bien interesado con los aspectos normativos de la política de los derechos humanos.

bres.³ Tanto de esta premisa como de la observación resulta claro que una gran mayoría de los pueblos del mundo, hoy en día, no sólo están lejos de vivir bajo regímenes que protegen los derechos humanos, sino que en muchos ni siquiera existen las precondiciones para tal protección. De aquí que la navegación que se extiende ante aquellos que buscan la protección universal de los derechos humanos es extremadamente larga y que su travesía requerirá pensar estratégicamente. De igual modo, la sabiduría práctica, la paciencia y la perseverancia son también virtudes esenciales para su aplicación táctica. Una política externa basada en los derechos humanos debe ser modesta, pero activista y perseverante.

Mi tercera tesis niega que el hecho de fundamentar la política externa norteamericana en un compromiso con la protección universal de los derechos humanos sea una forma de "imperialismo cultural".

Mi cuarta tesis niega que el compromiso con la protección universal de los derechos humanos sea una forma de "moralidad" que se ponga al "realismo".⁴ Al contrario, el mundo contemporáneo

3) En forma claramente sistemática, el profesor Hoffmann habla desdeñosamente (y a menudo en forma no muy precisa) de escritores "neoconservadores" (Jeane Kirkpatrick, Daniel Patrick Moynihan, "los viejos guerreros del *Commentary*" etc.), y con simpatía y a veces sin enfrentar las dificultades inherentes en sus posiciones de escritores de la izquierda (Tom J. Farer, socialdemócratas en general, etc.). Mi propio juicio sigue el modelo al revés. Sería útil confrontar estas diferencias punto por punto, caso por caso. 4) Nuestras diferencias concernientes a los "derechos económicos", podrían o no podrían ser profundas; el problema debería ser resuelto más detalladamente (ver N° 14, *infra*).

3 Los derechos humanos asumen realidad histórica sólo cuando ciertas ideas específicas sobre la dignidad humana han llegado a formar parte en los hábitos de la gente, cuando tales personas podrían asociarse juntas libremente para fundar instituciones que abracen estas ideas en forma práctica y rutinaria y cuando libres asociaciones de ciudadanos preocupados vean en ello que estas instituciones funcionan como deberían. Cuando las instituciones están llenas de personas corruptas, o de personas que desvían tales instituciones para el abuso partidario o personal, entonces se transforman en conchas vacías. En estos términos lo dijo Edmund Burke: "Yo debo por eso suspender mi congratulación sobre la libertad en Francia, hasta que se me haya informado cómo ha sido combinada con el gobierno, con la fuerza pública, con la disciplina y la obediencia del ejército; con la recaudación de un efectivo y bien distribuido ingreso; con la moralidad y la religión; con la solidez de la propiedad; con la paz y el orden; con las maneras sociales y civiles. Todo esto (a su modo) son también buenas cosas y, sin ellas, la libertad no es un beneficio mientras dura, y no sea probable que continúe por un tiempo largo". *Reflections on the Revolution in France: and on the Proceedings in Certain Societies in London relative to that Event*, ed., con una introducción, por Conor Cruise O'Brien (1790; New York: Penguin Books, 1969), pp. 90-91.

4 El padre J. Bryan Hehir expuso cuatro perspectivas sobre los derechos

nos confronta con una nueva realidad política, en la cual el "realismo" debe también incluir un juicio crítico. Esta nueva realidad política ha sido generada, primero, mediante una serie de revoluciones técnicas en las comunicaciones, y segundo, por el continuo crecimiento de la nueva clase en la vida internacional. Propaganda, actos simbólicos y eventos televisados al instante ahora juegan un papel mucho más importante en los asuntos mundiales que antes. Los símbolos e ideas han llegado a ser una forma crucial de poder. La ley internacional y un amplio activismo público han inyectado consideraciones éticas y un nuevo "cosmopolitismo" dentro del consenso en la opinión pública, al menos en las democracias.⁵ El antiguo debate entre "realismo" y "moralidad" ha sido, así, alterado.

Mi quinta tesis es que el "nuevo realismo" requiere un foco intelectual y operacional específico sobre las precondiciones de los derechos humanos, particularmente en la misma Unión Soviética, y en las numerosas sociedades tradicionales de este planeta. El principal punto de vulnerabilidad de la URSS es el acopio de ideas disponibles para su clase gobernante. Las sociedades tradicionales carecen de muchas de las ideas fundamentales, hábitos, instituciones y asociaciones que harían realizables sus aspiraciones de derechos humanos en el mundo real. La política de derechos humanos en los Estados Unidos, por esta razón, debe estar basada en una estrategia de largo plazo, en la cual la discusión de ideas juegue un papel inusualmente significativo.

Propongo proceder en la siguiente forma: primero, establecer un breve bosquejo de lo que se entiende por derechos humanos en sus extraordinarias mezclas de universalidad y particularidad, y observar dos importantes rasgos de la presente situación. En la parte

humanos y política externa, sintetizando brevemente el clásico debate realista-moralista. Ver su "Human Rights and U. S. Foreign Policy" en Kenneth W. Thomson, ed. *The Moral Imperatives of Human Rights: A World Survey* (Washington D. C. University Press of America. 1980), pp. 1-23.

- 5 John Gerard Ruggie escribe: "¿Qué es nuevo entonces y diferente acerca de las habituales leyes de derechos humanos internacionales? Se distinguen principalmente, de acuerdo a Henkin, en el hecho de que no "sirven ningún derecho internacional, patente. Es esencialmente idealista, ideológico, humanitario; su verdadero y profundo propósito es mejorar la suerte de una cantidad de hombres y mujeres en todas partes. . . un propósito único y revolucionario para la ley internacional. Si esta afirmación se probara que fuese correcta, la expresión contemporánea internacional de los derechos humanos significaría un giro cualitativo en la comunidad internacional, un giro, utilizando la apta metáfora de Stanley Hoffmann, alejado del terreno hobbesiano, en la dirección general del firmamento kantiano". "Human Rights and the Future International Community". *Daedalus* 112 (Otoño 1983): 94, citando a Louis Henkin. "Introduction" en Henkin ed., *The International Bill of Rights* (Nueva York.. Columbia University Press. 1981), p. 7.

central del artículo, discuto dos vulnerabilidades claves de la URSS, la más sistemática y formidable enemiga de los ideales de los derechos humanos occidentales, y propongo una moderada, tranquila y cuidadosamente diseñada "guerra de ideas", dirigida a estas vulnerabilidades. Luego me dirijo al importante problema de los derechos humanos en las sociedades tradicionales. Finalmente, ofrezco trece recomendaciones políticas de orden común.

La Naturaleza de los Derechos Humanos

Unas pocas indicaciones preliminares respecto de la naturaleza de los derechos humanos son indispensables, desde el momento en que sobre este punto existe hoy en día una considerable confusión. No es del todo poco común, actualmente, leer a filósofos profesionales, que escriben frases tales como "los derechos humanos, si es que existen los derechos humanos". . .⁶ A lo menos en forma telegráfica, me gustaría plantear mis propios puntos de vista.

- 6 Ver, por ejemplo, Martin P. Golding. "The Primacy of Welfare Rights", en Ellen Frankel Paul, Jeffrey Paul y Fred D. Miller Jr., eds. *Human Rights* (Bowling Green, Ohio: Social Philosophy and Policy Center, 1984). Golding escribe: "¿Es realmente diferente . . . hablar de los "derechos del hombre" más bien que "los deberes comunes de la humanidad"? ¿Es que el término "derechos" agrega algo de especial significación, o es solamente una significación retórica e ideológica"? (ibid. p. 119) Más adelante, "Si realmente existen del todo los derechos, hay derechos de bienestar. . . Si hay derechos humanos del todo, también hay derechos opcionales (ibid. p. 135). Para una visión opuesta que argumenta la crucial importancia de los derechos, ver Robert A. Golwin, "Rights Versus Duties. No Contest", en Arthur L. Caplan y Daniel Callahan, eds., *Ethics in Hard Times* (Nueva York: Plenum Press, 1981) pp. 117-142. Para otros recientes trabajos sobre derechos humanos, ver David Hollenbach, S. J. *Claims in Conflict: Retrieving and Renewing The Catholic Human Rights Tradition* (Nueva York: Paulist Press, 1979); Margaret E. Crahan, ed. *Human Rights and Basic Needs in the Americas* (Washington D. C.: Georgetown University Press, 1982); y Alfred Henelly, S. J., and John Langas S. J. *Human Rights in the Americas: The Struggle for Consensus* (Washington D. C.: Georgetown University Press, 1982); David Sidorsky, ed., *Essays on Human Rights: Contemporary Issues and Jewish Perspective* (Philadelphia: The Jewish Publication Society of America, 1979); Adrián Karatnycky, Alexander J. Motyl y Adolph Sturmthal, *Workers' Rights, East and West: A Comparative Study of Trade Union and Workers' Rights in Western Democracies and Eastern Europe* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1980); Comisión Internacional de Juristas, *Development, Human Rights and the Rule of Law: Report of a Conference Held in the Hague on 27 April. 1 May 1981* (New York: Pergamon Press 1981). Jeane Kirkpatrick ha escrito: "Hay cuatro distinciones que son cruciales para pensar acerca de los derechos humanos y sobre la política de los derechos humanos, distinción que a menudo se descuida en nuestros tiempos. La primera es la distinción entre ideas e instituciones. La segunda es la distinción entre derechos y

¿Por dónde empezar? Para los occidentales, aun para los incrédulos, la ruta más corta, aunque no la única, para establecer la naturaleza de los derechos humanos es a través de la reflexión sobre la naturaleza de los seres humanos, tal como se entiende en la tradición judeo-cristiana.⁷ En esta tradición se sostiene que el Creador conoce, ama y llama por su nombre a cada persona; esto es, que cada persona es digna, tiene dignidad en el drama eterno. Cada uno está hecho a la imagen del Creador. Cada uno es precioso para el Creador. De esta manera, cuando en la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos se afirma, como materia de hecho, que todos los hombres "están dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables", se proclama una convicción mantenida por tres mil años. Para estar seguro, se requirieron siglos a los ojos de una Providencia omnisciente antes que todas las implicancias de esta convicción pudieran perfilarse en instituciones que pudieran proteger de hecho tales derechos. "Para asegurar estos derechos, se han instituido los gobiernos entre los hombres", sigue la Declaración "derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados". . .

objetivos. La tercera es entre intenciones y consecuencias. Y la cuarta, finalmente, es la distinción entre la moral pública y privada. "Ideas and Institutions". *The Reagan Phenomenon-and other Speeches on Foreign Policy* (Washington. D. C.: American Enterprise Institute, 1983), pp. 39-40.

- 7 Ver Papa Juan XXIII *Pacem In Terris*, 9-10, que ofrece primero un concepto filosófico, luego teológico: "Toda sociedad humana, si quiere ser bien ordenada y productiva, debe colocar como fundación este principio: que todo ser humano es una persona: su naturaleza está dotada con inteligencia y libre voluntad. Por virtud de esto, tiene derechos y obligaciones propias, que surgen directa y simultáneamente de su propia naturaleza, que es por eso universal, inviolable e inalienable. "Si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de la verdad divinamente revelada, no podemos sino estimarlo mucho más alto; porque los hombres son redimidos por la sangre de Jesucristo, ellos son por gracia los hijos y amigos de Dios y herederos de su eterna gloria". Pero ver Robert Golwin. "Three Human Rights Are Enough", *The Center Magazine*, July/August 1984, que señala que la palabra derechos no se encuentra en la Biblia, y en su sentido moderno fue primero usada por pensadores profundamente opuestos a las religiones existentes. De hecho, después de los prolongados ataques sobre las ideas "liberales", ideas que siguieron al pontificado de Pío IX, quizá ningún pensador hizo tanto para ayudar a la Iglesia Católica a adoptar una posición sobre derechos humanos, conectándola con viejas tradiciones, como Jacques Maritain. La visión de Maritain fue especialmente influyente en países latinos católicos. También ella ayudó a explicar la experiencia americana a los europeos. Ver su *Christianity and Democracy*, traducido por Doris C. Anson (New York: Charles Scribner's Sons, 1944); *Man and the State* (Chicago. University of Chicago Press, 1951); *The Rights of Man and Natural Law*, traducción de Doris C. Anson (New York: Gordian Press, 1971), y *Reflections on America* (Charles Scribner's Son, 1958).

Por "persona" los judíos y los cristianos se refieren a un agente originador de preguntas, discernimiento, juicios, elecciones y actos.⁸ Tempranas disputas teológicas respecto de la cuestión de cómo Jesús podía, simultáneamente, ser tanto humano como divino, generaron este concepto de "persona", que se distingue por estar constituida de cuerpo y de alma, por una parte, y de naturaleza, por la otra. Una persona humana, según este concepto, es un cuerpo con espíritu, un espíritu encarnado en un cuerpo, caracterizado por autonomía y responsabilidad. En breve, una persona es un ser que puede discernir, formar juicios, elegir y actuar en forma responsable (para él o para ella) con su propia vida interior y acciones externas, tal como lo hicieron los protagonistas de las Sagradas Escrituras, judía y cristiana. En tal libertad humana habita la imagen de Dios. Más que eso, se asegura que acciones humanas distintivas tales como la curiosidad, el entendimiento, el juicio y la elección, son participaciones en la propia vida de Dios. En tales capacidades se basa la dignidad humana: en su total posesión, el destino humano. Como Thomas Jefferson lo indicó, "El Dios que nos dio la vida, nos dio la libertad".

Durante siglos la raza humana luchó para dar forma a sus propias instituciones, a fin de poder expresar esta visión adecuadamente en el mundo de los asuntos humanos. Mucha sangre se derramó en este esfuerzo. Innumerables experimentos se lanzaron y fracasaron, antes que nuevos intentos se realizaran para una nueva reevaluación. A menudo los no-creyentes, más que los creyentes, hicieron descubrimientos cruciales, tanto teológicos como prácticos.

Es importante recapitular esta visión y esta historia, aunque sea en forma condensada, porque ningún observador de la realidad contemporánea internacional puede dejar de ver que los conceptos occidentales de derechos humanos no son universalmente entendidos de la misma manera.⁹ Por razones históricas cruciales, los pensadores y activistas occidentales reflexionaron sobre instituciones para la libertad y dedicadas a la proposición de que todos los hombres

8 Ver, por ejemplo, Bernard J. F. Lonergan, S. J. *Insight: A Study of Human Understanding*, rev. ed. (New York: Philosophical Library, 1958) Capítulo 18. "The Possibility of Ethics"; *Collection: Papers by Bernard Lonergan, S. J.*, ed. F. E. Crowe, S. J. (New York: Herder and Herder, 1967), Capítulo 11, "Christ as Subject: A Reply"; *A Third Collection: Papers by Bernard J. F. Lonergan S. J.*, ed. F. E. Crowe, S. J. (New York: Paulist Press, 1985), Capítulo 3, "Mission and The Spirit", sección especial 4, "The Human Subject", y Capítulo 6 "Christology Today: Methodological Reflections".

9 Para diferentes ensayos acerca de variados conocimientos culturales sobre derechos humanos, ver el ensayo en Thomson, *The Moral Imperatives of Human Rights*. Ver también *Daedalus* (Otoño, 1983), para otros ensayos semejantes. Como suplemento Rarel Vasak, de la Unesco, ha editado dos largos volúmenes, *The International Dimension of Human Rights* (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1982).

son creados iguales. Ellos tenían una proposición, como lo indicó John Courtney Murray S. J., con la que pensaron inspirar nuevas instituciones.¹⁰ A fin de instituir gobiernos para proteger "estos derechos", los seres humanos, primero debían formular planteamientos claros, articulando sus más apreciadas convicciones sobre la vida humana, y luego inventar tales instituciones, de modo que en un mundo de hombres y mujeres pecadores, ni las bestias ni los ángeles pudieran englobarlos y protegerlos. La labor fue larga, aun cuando sus apreciaciones originales eran antiguas, y en algún sentido fundamentales, universales. Para los Padres Fundadores, por lo menos, el mismo Creador que los creó a ellos creó a todos los humanos en todas partes.

Los Fundadores ponen una gran confianza en las instituciones y los hábitos. Los derechos humanos, y esto Madison lo supo con la claridad de un cristal, no están protegidos por "barreras de pergamino". Están protegidos por instituciones animadas por personas, cuyas convicciones, hábitos y asociaciones activas salieron de su designio.¹¹ Debido a la importancia de tales instituciones, los Fundadores fueron menos que absolutos en su pensamiento, respecto de la visión moral que pensaban proteger. Ellos no eliminaron la esclavitud en la nación. No resolvieron tratar a los esclavos como lo hacían con los hombres libres. No trataron a las mujeres como a los hombres. A medida que las instituciones maduraran, sus sucesores verían todas las implicaciones de los principios que habían establecido. Y las instituciones que formaron, fueron diseñadas para que se acomodaran a estos principios, principios que por ejemplo Abraham Lin-

- 10 La proposición americana es a la vez doctrinal y práctica, un teorema y un problema. Es una afirmación y a la vez una intención. Se presenta como una estructura coherente de pensamiento que pretende el asentimiento intelectual; también se presenta a sí mismo como un organizado proyecto político que pretende un éxito histórico. Nuestros padres lo afirmaron y con propiedad lo argumentaron". Murray, *We Hold These Truths: Catholic Reflections on the American Proposition* (New York: Sheed and Ward, 1960), p. VII
- 11 Ver Robert A. Rutland, "How the Constitution Protects Our Rights: A Look at the Seminal Years", in Robert A. Golwin and William A. Schambra, eds., *How Does the Constitution Secure Rights?* (Washington D. C.: American Enterprise Institute, 1985) Publius, en el noveno *Federalist*, asigna una considerable importancia al descubrimiento de las "ciencias de la política" en cruciales instituciones como "la regular distribución de poder en distintos departamentos; la introducción de un equilibrio legislativo y controles; la institución de las cortes compuestas por jueces que mantienen sus puestos durante su buen comportamiento (y) la representación del pueblo en la legislatura por diputados de su propia elección. . ." Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *The Federalist Papers*, con una introducción por Clinton Rossiter (New York: New American Library. 1961), p. 72.

coln, unos ochenta años después de la Declaración de la Independencia, fue capaz de ordenar en forma eficiente.

La Carta de los Derechos, anexada a la Constitución de EE. UU., es por esto un texto que al mismo tiempo es heroico y modesto. Su realidad no proviene de escritos en pergaminos, sino de convicciones establecidas, hábitos y asociaciones activas. Detrás de esto, yacía tanto un profundo sentido del pecado y la desconfianza en los hombres como una profunda fe en la responsabilidad humana "concebida en libertad".

Por contraste, simplemente no puede afirmarse que en todas las culturas hoy día en este planeta existan las convicciones, hábitos y asociaciones activas que hicieron realidad lo escrito en barras de pergamino como la Declaración Universal de Derechos Humanos de Naciones Unidas. En el mapa de derechos civiles y políticos, preparado anualmente por la Casa de la Libertad en Nueva York, la mayoría de las naciones de este planeta tienen un sitio bajo en la escala de respeto institucional de tales derechos.¹² En una gran porción de la superficie terrestre, la existencia y legitimidad de los derechos, porcionadas a los seres humanos por su Creador, son simplemente negadas tanto de palabra como en la práctica.

Sin embargo, como lo ha mostrado Peter L. Berger, la sangre derramada y los abusos en nuestra era han sido tan extensos que se puede detectar —como si provinieran de un casi universal grito de dolor— una larga lista de derechos humanos que parecen ser reconocidos por todos, solamente en su recurrente penosa violación. Pocos seres humanos, si hay algunos, se atreverían a ofrecer razones morales para violaciones como éstas:

Genocidio: la masacre de gran número de inocentes por su propio gobierno o por conquistadores extranjeros; el abandono deliberado de zonas completas de población dejadas a la inanición; el uso sistemático del terror (incluyendo la tortura) como política de gobierno; la expulsión de gran número de personas de sus casas; esclavización mediante variadas formas de trabajos forzados; la separación obligada de familias (incluyendo distanciar a los niños de sus padres, por acción gubernamental); la deliberada profanación de símbolos religiosos y la persecución de aquellos que los veneran; la destrucción de instituciones que recogen identidades étnicas".¹³

- 12 Ver Freedom House's, panorama anual sobre el status de los derechos humanos alrededor del mundo: *Freedom in the World 1985-86* (Raymond D. Gastil, New York: Greenwood Press, 1986). Ver también su Comparative Survey of Freedom, publicado cada año en el ejemplar Enero/Febrero de *Freedom at Issue*.
- 13 Peter Berger, "Are Human Rights Universal?", *Commentary*, septiembre 1977, p. 62.

Tal como lo muestra el caso de Occidente, la protección universal de los derechos humanos depende del establecimiento de instituciones que engloben una cierta visión de la dignidad humana. Más que eso, tal protección depende de las convicciones, hábitos y asociaciones activas de ciudadanos que mantenían tales instituciones para sus fines. Los cimientos de los derechos humanos permanecen ocultos en la esfera moral. Pero los derechos humanos se elevan sobre el nivel del suelo, para llegar a ser visibles en la historia de la humanidad, sólo donde los ciudadanos son libres para actuar política e institucionalmente. En este sentido, los derechos humanos dependen, para su sobrevivencia, tanto del esfuerzo moral como de su estructuración institucional. Los derechos humanos comienzan en las profundidades de la conciencia y terminan en instituciones que funcionen eficazmente. Para rectificar el famoso aforismo de Charles Peguy, la política de derechos humanos comienza con el misticismo, y tal misticismo debe expresarse a sí mismo en la política.

Dejo de lado muchas otras perplejidades respecto de la naturaleza de los derechos humanos.¹⁴ Sin embargo, mucho de esto es necesario para mostrar que, en la discusión de los derechos humanos, el papel de las culturas históricas particulares no puede dejarse de lado. Durante la marea de la Ilustración puede haber sido posible para los filósofos imaginar que podían "consolidar" universalmente los derechos humanos mediante el ejercicio de la pura razón. Este flujo ha disminuido. Finalmente, el pluralismo cultural activo, real característica de este planeta, está desbordando nuestra atención.

Decir algo más también es necesario. Nosotros, que nos beneficiamos de las libertades de nuestras instituciones heredadas, tenemos una deuda inmensa con nuestra propia cultura y con nuestros propios antecesores. Alguien ha dicho que un conservador es aquel que cree que sus antepasados fueron a lo menos tan inteligentes como él, y tal vez más. En este caso, todos los occidentales tienen ra-

14 Debido a su complejidad, he omitido cualquier discusión sobre "derechos económicos". Para una exposición más amplia sobre mis propios puntos de vista, ver "Economic Rights: The Servile State". *Catholicism in Crisis*, octubre 1985, y "Economic Rights". *National Catholic Register*, 16 febrero 1986.

Suficiente es decir que los "derechos económicos" podrían concebirse como opuestos a los derechos políticos y civiles, tal como en el pensamiento marxista, o (utilizando un diferente concepto de "derechos") tan compatibles con su preservación, como ocurre en varios regímenes socialdemócratas y capitalistas democráticos. En la primera alternativa, ver Leszek Kolakowski, "Marxism and Human Rights", en el segundo, en una perspectiva histórica útil, ver Gastón V. Rimlinger, "Capitalism and Human Rights". *Daedalus* 112 (Otoño 1983) pp. 51-79.

En particular, me gustaría subrayar las diferencias implicadas en el concepto de "derechos" en estas cinco tradiciones: la católica, la legal; la constitución norteamericana, la angloamericana; la marxista y socialista.

zón para compartir de tiempo en tiempo un emotivo momento conservador, un acto de gratitud. Además, mientras los occidentales desean hablar un lenguaje universal —y el homenaje universal rendido, aunque hipócritamente, a la Declaración Universal de Naciones Unidas sugiere que de hecho lo hacemos—, debemos prestar rigurosa atención a quienes en este planeta no comparten nuestras convicciones, hábitos e instituciones, ni tampoco nuestros puntos de vista. No somos olímpicos. Nos apoyamos en los hombros de excepcionales antepasados visionarios. Aparte de esto, contamos poco. En la historia, no es erróneo ser particular, cuidar de las propias raíces; querer a nuestro país y sus tradiciones, y tratar de hacerlos prosperar en el amplio mundo. Para ponerlo en otra forma, aun la visión liberal universalista está lejos de ser universal, en raíces históricas o en la aceptación general.¹⁵ Su aceptación universal debe lograrse mediante lucha y sabiduría.

Los Derechos Humanos en la Política Exterior

De estas reflexiones, es evidente que una política externa de los Estados Unidos basada en los derechos humanos involucraría necesariamente a esta nación en actividades extremadamente complejas. Esto incluiría ayudar a toda la gente a transformar voluntariamente la constitución espiritual y moral de la vida diaria. Esta es una gran ambición, posiblemente un clamor "mesiánico", a menos que se plantee muy modestamente, y que se diseñe para una estrategia a muy largo plazo, desde luego. La razón es que tal política externa implicaría un compromiso con ideas, virtudes, instituciones y asociaciones libres, que de ninguna manera están universalmente enraizadas en la experiencia humana de toda la gente. Sin embargo, tal política, seguida en forma modesta y realista, es tan legítima como necesaria, por dos razones, a lo menos.

Primero, habiendo estampado virtualmente todas las naciones su firma en la Declaración de los Derechos Humanos de Naciones Unidas, se han comprometido públicamente a esta empresa y están, por lo tanto, sujetas a cargos de hipocresía si no desarrollan en forma ideal las reformas morales, culturales e institucionales que tales derechos implican. Más aún, de todas partes del mundo —desde Argentina a Uganda, de Filipinas a África del Sur, desde los creyentes judíos, islámicos y cristianos en la URSS, para sólo mencionar unos pocos—, los fuertes llamados contra los abusos de los derechos humanos han llegado a ser un tópico en los discursos internacionales y en la acción política.

Segundo, hay poderosas razones para afirmar que las presupo-

15 Ver mi "Pluralism: A Humanistic Perspective" en Stephan Thernstrom, ed., *The Harvard Encyclopedia of Ethnicity* (Cambridge: Harvard University Press, 1980), reimpresso en *Concepts of Ethnicity* (Cambridge: Harvard University Press, 1982).

siones y precondiciones de un compromiso público con los derechos humanos no pertenece solamente a una particular corriente étnica de la historia humana, sino que son universalmente obligatorios para todo ser humano. Los fundadores de la tradición de los derechos humanos occidentales no estaban errados al proclamar que ellos eran los guardianes de "el sistema de libertad natural", válido universalmente y no sólo para ellos mismos. Demandas por las víctimas en muchos diferentes países, en orden a que sus derechos humanos han sido violados, testifican a lo menos un débil pero creciente sentido de dignidad humana universal.

Si los seres humanos son capaces de acciones morales e inmorales, entonces cada ser humano es capaz de elegir si respetar o violar los derechos humanos de los otros. Insistir sobre responsabilidades implica, por lo tanto, que cada persona es una fuente generadora de preguntas, discernimiento, juicio, elección y acción. La responsabilidad de ninguna manera viola la naturaleza de esa persona. Insistir entonces en que la comunidad humana tiene derecho de hacer responsable a cada persona, por sus acciones respecto de los derechos de otras, es una actitud que no implica de ninguna manera un imperialismo cultural. Esto de hecho es requerido, más allá de las demandas de cualquier cultura particular, y en contra de todas las culturas. Los seres humanos están en libertad de elaborar su propia cultura particular, pero hechos de este tipo trascienden toda cultura particular. Dentro de los supuestos y los límites de una cultura particular, los hombres son capaces de preguntar, buscar entendimiento, emitir juicios, elegir y actuar. Dentro de los límites de la posibilidad histórica, son responsables de cualquier cosa a que hayan dado su aprobación; y son responsables por resistirse a los abusos que prevalezcan en contra de los derechos humanos, según lo estimen fructífero hacerlo.

En otra perspectiva, sin embargo, si los padrones mínimos de los derechos humanos deben ser incorporados de manera realista a las mentes, hábitos, instituciones y asociaciones libres de las muchas naciones de este planeta, entonces el tiempo requerido para tal incorporación debe ser respetado. Las meras declaraciones por escrito no resultarán. Las ideas fundamentales han de ser clarificadas y ampliamente abarcadas; deben desarrollarse hábitos; instituciones de tipo específico deben crearse y las asociaciones libres, vigilantes, deben fomentarse. Todo esto requiere una inversión en términos de atención, energía y esfuerzo paciente y perseverante. Ser absolutista —exigir que todo se haga al instante— es caer en ilusiones. Mantener ideas profundas sólo es posible mediante la experiencia. Los hábitos requeridos se adquieren sólo con el ejercicio y el paso del tiempo. Para descubrir qué instituciones trabajan bien en una cultura, no se puede sencillamente copiarlas de otras. La práctica de asociación libre y efectiva de ningún modo es universal y sus chispas deben convertirse en llamas y mantenerse ardiendo por largos períodos. Claramente debe esperarse un cierto pluralismo, tanto en la forma

como se entienden los derechos humanos como en los esquemas institucionales diseñados para protegerlos.

En breve, la protección universal de los derechos humanos requiere una revolución moral, tanto en los hábitos de los seres humanos como en las instituciones. Sería utópico esperar que tal transformación ocurra al instante. Sería ilusorio pretender que los entendimientos y formas institucionales fueran universalmente homogéneas. Sin embargo, los abusos masivos contra los derechos humanos en el siglo XX impulsan a la gente de todas partes a buscar protección. El camino puede ser largo, pero muchos de los 4.800 millones de habitantes de este planeta están dispuestos a recorrerlo.

La Nueva Situación

En este planeta de alrededor de 165 naciones, sólo unas 30 protegen los derechos humanos de sus ciudadanos en forma admirable, de tal modo que nosotros de buen grado les entregaríamos nuestros hijos. Desgraciadamente, el simple realismo nos obliga a observar que la fuerza militar más poderosa del mundo, la URSS, está resuelta a no permitir la protección de los derechos humanos en esta tierra. Así pues, quienes estén empeñados en que los Estados deberían respetar los derechos humanos tendrán que encarar una fatigosa, prolongada y a menudo agitada batalla. Para ellos, en un sentido, la protección de los derechos humanos es incompatible con la "paz". En otro sentido, sin tal protección, la "paz" es también peligrosa. Dicho de otro modo, la sociedad liberal, respetuosa de los derechos humanos, ha mantenido un record inusual de relaciones pacíficas con otras naciones.¹⁶ Este es el trasfondo de la nueva situación que debe explorarse en este momento.

Sería craso error hablar en forma tan sencilla de dos superpotencias. En subversión, en poder militar, en fuerza nuclear, la URSS es indudablemente una superpotencia. Pero no es así en su habilidad para alimentar a su propia gente, en su creatividad económica, en la libertad de las ciencias y las artes, en virtud moral, o en la protección de los derechos humanos de sus 280 millones de ciudadanos. Si el poder por sí mismo es la medida apropiada con la

16 "La conexión entre la democracia liberal y la paz se sugiere en los siguientes hechos: los Estados Unidos no han luchado nunca contra otra democracia liberal: ninguna de las numerosas guerras que ahora asuelan el mundo es un pleito entre dos democracias liberales; ciertamente, no ha existido **nunca** una guerra entre dos democracias liberales". Walter Berns, "Congress Is Saying Give Peace a Grant", *Wall Street Journal*, agosto 2 1982 (énfasis en el original). Stanley Hoffmann, citando Michael Doyle, también ha notado el hecho crucial: ". . . sólo los Estados liberales han logrado crear zonas de paz: no han estado en guerras unos con otros, y han alcanzado los dos propósitos y objetivos (naturales) de Kant "Human Rights", p. 32, citando a Doyle, "Kant Liberal Legacies, and Foreign Affairs, *Philosophy and Public Affairs*, junio y octubre 1983.

cual se juzga a un país como "superpotencia", entonces la URSS es una "superpotencia"; si se la juzga de otro modo, no lo es.

En este contexto, uno no debería impresionarse demasiado con la URSS: es una sociedad de una enorme debilidad. También es cierto que lo que debemos temer de la URSS no son tanto sus ideas —aun cuando éstas son radicalmente hostiles a nuestras ideas sobre los derechos humanos— como a su formidable poderío militar. Por grotescas que sean sus ideas, la Unión Soviética debe ser temida por su poder; sin ese poder sus ideas sólo castigarían a la URSS. Sin embargo, no se pueden entender los peligros que acosan a los derechos humanos —y no sólo dentro de sus propias fronteras— si no se comprenden las ideas específicas que han dado forma al régimen soviético.

Además, un gobierno tal como el de los Estados Unidos juega un papel histórico sin precedentes. Sus propios ciudadanos miden justamente su grandeza, tal como lo hacen sus legiones de críticos (aunque sólo sea para disminuirlo), por sus compromisos con los derechos humanos. Su potencia económica y militar la hacen la principal fuerza entre las naciones que respetan los derechos humanos. En los primeros tiempos, semejante potencia como la de los Estados Unidos habría conducido a un imperio. En una era de derechos humanos, tal papel no podría ni debería ser jugado por los Estados Unidos. Por esta razón, sus miras deberán ser crear entre las naciones el mismo respeto por los argumentos civilizados, por la persuasión, por las reglas de la ley y por la soberanía de los pueblos, tal como lo requiere su Constitución para que la observen sus propios ciudadanos libres. El mismo "consenso de los gobernados", que se respeta internamente, debe ser respetado en sus tratos internacionales. En determinados momentos, los Estados Unidos no pueden ni se atreven a disminuir su papel de potencia; el mundo no está aún regulado por la ley. Sin embargo y mediante sus propios compromisos, los Estados Unidos se conducen según criterios más elevados que el simple ejercicio del poder.

En el corazón de la lucha entre la URSS y los Estados Unidos hay, por lo tanto, una radical oposición de compromisos respecto de los derechos humanos. Dos diferentes interpretaciones de la naturaleza humana y de su destino, dos diferentes modelos de cómo una civilización mundial debería ordenarse, están en permanente conflicto. Esta no es sólo materia de "ideología", o materia de una mutua paranoia, como algunos ocasionalmente lo afirman.¹⁷ El con-

17 Por ejemplo, Robert G. Kaiser escribiendo en el Washington Post (17 noviembre 1985) intentó sicologizar el conflicto: "Los americanos se han preocupado por cuatro décadas que los soviets estaban decididos a conquistar el mundo, mientras los soviets —habitualmente mucho más realistas acerca de sus abiertas dificultades— han estado preocupados de que los Estados Unidos les cerraran la entrada. Ambas visiones reflejan el carácter nacional aplastado por la gran ansiedad de la propia inferioridad".

flicto es real, con la poderosa realidad del "manejo de las ideas".¹⁸ Por esta razón, líderes norteamericanos como el senador Henry M. Jackson, el senador Daniel Patrick Moynihan, y el presidente Jimmy Cárter (cuyo compromiso con los derechos humanos como principio primario de su política externa se hizo público, por primera vez, en su carta al senador Jackson, a fines de la campaña presidencial de 1976),¹⁹ enfocaron la atención nacional e internacional en forma adecuada. Ellos pusieron el problema moral —el problema del contraste de dos visiones del mundo— en el centro de la atención pública.

Además, lo hicieron así en un momento especial de la historia humana. En 1976 había fructificado "la revolución en las comunicaciones", promovida en primer lugar por la virtual disponibilidad universal de la televisión. Además, y no sólo en las naciones desa-

Un poco más tarde, Kaiser es aun más explícito: "Es tentador concluir que el curso contraproducente de las relaciones americanas y soviéticas en estos 40 años ha servido a necesidades políticas y psicológicas profundas en ambos lados, incluso si sus prácticas consecuencias parecen dejar a ambos países en peor pie y menos seguros que lo que necesitan estar. Los Estados Unidos, una sociedad compulsivamente competitiva, querían un adversario digno de sí mismo, e inventaron uno por alrededor de 25 años, hasta que los soviets pudieron construir suficientes armas para ser dignas de esa imagen. Los soviets necesitaban un adversario imperialista que pudiera satisfacer su profunda percepción ideológica del mundo, y los Estados Unidos cumplieron los requisitos".

Si esta visión fuera justa, lo que ambas naciones necesitan es no tanto un "control de armas", sino un siquiatra.

- 18 Por "ideas ordenadoras" concibo esas ideas que conceptualizan el ordo de un sistema como en la frase en el Gran Sello de los Estados Unidos "Novus ordum seclorum": *El nuevo orden de las épocas*. George F. Kennan, por ejemplo, describió la ordenación de las ideas del Estado soviético en su famoso ensayo "Mr. X". "The Sources of Soviet Conduct". *Foreign Affairs*, 61 (July 1947): 566-582; mis citas para este artículo serán de George F. Kennan, *American Diplomacy 1900-1950* (Chicago. University of Chicago Press, 1951) donde el artículo se reimprimió como "Appendix I".
- 19 Una carta del senador Henry M. Jackson al candidato Cárter, septiembre 1976. Exámenes de la campaña presidencial de 1976 mostraban que "los derechos humanos" apenas figuraban como tema de la campaña. Sin embargo, el candidato Cárter aseguró al senador Jackson que los derechos humanos figurarían importantemente en su presidencia. (El autor fue ayudante del senador Jackson durante la Convención Demócrata ese año.) Daniel Patrick Moynihan escribió: "Los derechos humanos como un problema en política exterior fueron sin ninguna duda algo central en la campaña de Jimmy Cárter por la presidencia. Se planteó en el borrador de la plataforma democrática del comité y en la Convención Demócrata, pero en cada ocasión los representantes de Cárter fueron a lo más neutrales, dando la impresión de no haber escuchado mucho sobre la materia anteriormente, y no teniendo ningún punto de vista particular. "The Politics of Human Rights", *Commentary*, agosto 1977, p. 19.

rolladas, una "nueva clase", compuesta por profesionales altamente preparados, había acumulado un poder desproporcionado a su número.²⁰ Esta clase, referida por algunos como "la cultura política", esto es, la minoría influyente de personas bien preparadas en las técnicas del activismo, la organización y la comunicación, se ha estado moviendo casi en todas partes, disponiéndose a fin de jugar un "papel histórico" mundial. No sólo identificada con el gobierno (creciendo en todas partes en vastas burocracias), y no sólo identificada tampoco con la clase negociante, esta clase de "nuevos profesionales" tendió a tener un gran poder en la vida política. De sus filas tienden a salir los "formadores de opinión", los "expertos", los "activistas", los "analistas" y los "comentaristas", que informan a lo que se ha llamado "opinión pública", tal como los técnicos hacen operativas tanto las instituciones modernas como la política. Stanley Hoffmann, en su estimulante libro sobre la nueva dimensión ética de la política internacional, a menudo cita el papel jugado por los activistas de los derechos humanos como Amnistía Internacional, por abogados involucrados en leyes internacionales, por banqueros y por otros actores transnacionales y publicistas como Jacobo Timerman, etc.²¹

20 Aunque la literatura sobre la "nueva clase" es inmensa, B. Bruce-Briggs ha compilado una colección de ensayos que sirven como útil introducción: *The New Class?* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1979). Ver también Irving Kristol, *Two Cheers for Capitalism* (New York: Basic Books, 1978), Capítulo 2, "Business and the New Class"; y Jeane J. Kirkpatrick, "Politics and the New Class" en *Dictatorships and Double Standards: Rationalism and Reason in Politics* (New York: American Enterprise Institute and Simón and Schuster, 1982).

En sociedades marxistas, el peligro de una "nueva clase" se descubrió tan luego como en los años 30. En un libro que fue confiscado luego de su publicación en París, pero que sin embargo tuvo una inmensa influencia, Bruno Rizzi identificó a la "nueva clase"; su famoso libro acaba de ser editado en inglés: *The Bureaucratization of the World*, traducido, con una introducción por Adam Westoby (New York: The Free Press, 1985). Casi simultáneamente, James Burnham descubrió un equivalente de la "nueva clase" en *The Managerial Revolution* (New York: John Day Co., 1941). Milovan Djilas le dio gran divulgación al concepto en la izquierda después de la publicación de *The New Class* (New York: Praeger, 1957). En los Estados Unidos, escritores de la izquierda tales como John Kenneth Galbraith, David T. Bazelon, Michael Harrington y otros empezaron a apuntar a la "nueva clase" como una esperanzadora aliada, si es que no como un reemplazo del proletariado. Ver Galbraith, *The Affluent Society* (Boston: Houghton Mifflin, 1958); Bazelon, *Power in America* (New York New American Library, 1967); Harrington, *Toward a Democratic Left* (New York: Macmillan, 1968) capítulo 10.

21 Este es precisamente el lugar donde los grupos privados y la gente tienen un papel que jugar. El mejor camino para ellos en el avance de la causa de los derechos humanos en la Unión Soviética, es el de no rechazar reuniones en Moscú o de tener contacto con organizaciones soviéticas. Excepto en extremas circunstancias (tal como el boicot olímpico luego de la inva-

Para los derechos humanos, la coincidencia de estos dos dramáticos cambios sociales —la llegada de nuevas técnicas de comunicación de masas y del nacimiento de una "nueva clase" altamente preparada en la comunicación— ha sido un regalo significativo. Sin el aporte de elementos por lo menos cruciales de esta nueva clase, los gobernantes en las sociedades libres apenas podrían gobernar. El poder de esta nueva clase para formar la opinión pública, mientras no encuentre obstáculos, es formidable. Y esta nueva clase, por variadas razones, tiende a tener intereses que son muy abstractos, idealistas y moralizadores. En particular, fracciones de esta nueva clase —incluyendo marxistas que, sin contradicción, sostienen la causa de los derechos humanos fuera de las sociedades marxistas—²² han formado un poderoso nuevo electorado, que respalda en alto

sión a Afganistán), tales altivos rechazos de contacto pueden darle a uno el sentido de una maravillosa pureza moral, al costo de una total ineficacia. Este es un gran error, porque sólo cuando se inicia la comunicación es que existe alguna posibilidad; por otro lado, asistir a reuniones y hacer aquello que hizo la Academia Americana de Historia, según Arthur Schlesinger, que fue tomar parte en un coloquio soviético-americano en Moscú, y evitar cuidadosamente todo encuentro con los disidentes, omitiendo asimismo tocar este tema, comportándose como si ambos fueran especialistas igualmente independientes; esto representa una manera sucia de lavarse las manos. El punto es comunicar las protestas y de presionar por cambios, tal como lo han hecho la Asociación Siquiátrica Mundial y la Academia Nacional de Ciencias. Más aun, ya que la mayor parte de los países totalitarios, incluidos la Unión Soviética y China, desean algunas cosas del Occidente, nosotros podríamos jugar lo que podría llamarse no explícitamente una vinculación, a la enmienda Jackson, porque rebota, pero una vinculación implícita. "Lo que ustedes quieren de nosotros, no se lo podemos entregar (debido a nuestra opinión pública, o debido a nuestro Congreso o al Parlamento) a no ser que ustedes hagan ciertas cosas con respecto a los derechos humanos". Hoffmann, *Duties* pp. 135-136; énfasis en el original.

- 22 Los marxistas, por lo tanto, se comportan consistentemente cuando luchan por libertades civiles y derechos humanos en regímenes despóticos no socialistas, y destruyen esas libertades y derechos inmediatamente que toman el poder. Dichos derechos, de acuerdo al socialismo marxista, son claramente irrelevantes en la nueva sociedad unificada y sin conflictos. Trotsky declaró claramente que los regímenes democráticos y la dictadura del proletariado deben entenderse de acuerdo a sus propios principios, ya que la última simplemente rechaza las reglas formales de la democracia y no puede ser acusada de violarlas; si el orden burgués, por otra parte, no se somete a estas reglas, puede ser culpado con justicia por ello. Este argumento no puede verse ni siquiera como cínico, mientras los marxistas que luchan por las garantías de los derechos humanos, en los regímenes despóticos no socialistas no pretenden que es una materia de principios ni que tampoco su indignación moral se haya despertado y más todavía que no hagan promesas de garantizar estos derechos una vez que estén en el poder. (Como sucede, ellos hacen las tres cosas) Kolakowski, "Marxism and Human Rights", p. 86.

grado las preocupaciones por los derechos humanos. El resultado es que algunos regímenes que violan los derechos humanos se ganan el fuerte desprecio de esta clase, no sólo en los Estados Unidos, sino también internacionalmente.

Algunos regímenes que violan los derechos humanos, por lo tanto, enfrentan un gran peligro de perder su legitimidad. Entre significativos segmentos de sus propios ciudadanos, altamente educados y preparados —abogados, doctores, profesores, clérigos, etc.—, tales regímenes encuentran una resistencia que sólo treinta años atrás apenas representaba un peligro. Internacionalmente también, tales regímenes, tienen probablemente bloqueados los canales de apoyo y ayuda, lo cual sólo treinta años atrás podría haber sido viable por razones no tanto de aprobación como de *realpolitik*. Entre otros ejemplos, deseo citar el papel de la "nueva clase" en la publicidad a los abusos de los derechos humanos en Argentina, Chile, Nicaragua, tanto bajo Somoza como bajo los sandinistas, El Salvador, Sudáfrica, Filipinas y muchos otros "puntos conflictivos". El trabajo de "la nueva clase" no es solamente retórico. Su habilidad política ha conducido a la desestabilización de varios regímenes. Sus intereses "cosmopolitas" tienen un poder político que debe reconocerse.

Los estudiosos han prestado muy poca atención a esta nueva realidad social. Muy frecuentemente los dilemas inherentes en la política de los derechos humanos son descritos como una lucha de "moralistas" contra "realistas". Estoy argumentando, por contraste, que existe una nueva realidad. Una vez publicitados los abusos a los derechos humanos, acumulan un considerable poder político, tanto en las sociedades libres como entre los ciudadanos que se indignan contra quienes abusan de sus derechos. Por lo tanto, uno no puede simplemente dejar de lado las nuevas técnicas de la comunicación y los nuevos protagonistas de la "cultura política". "La clase de las ideas" se ha unido con la tecnología, lo cual ha fortalecido nuevamente a las ideas. El mundo, por lo tanto, ha cambiado. Crecientemente las luchas políticas son luchas de ideas. Las ideas, estando ampliamente compartidas, pueden destruir la legitimidad de los gobiernos; bloquear acciones gubernamentales; incitar a los gobiernos a actuar. Las ideas, una vez organizadas, han llegado a ser un factor potente en la realidad política misma.

Para estar seguro, se debería argumentar (como yo quisiera) que muchas de las ideas lanzadas por élites en el Occidente son menos morales que moralistas.²³ Aunque están expresadas en forma de argumentos morales, muchas de esas ideas son parciales, mal pues-

23 Ver Irving Kristol, *Reflections of a Neo-conservative: Looking Backward, Looking Forward* (New York: Basic Books, 1983) Norman Podhoretz, *Breaking Ranks: A Political Memoir* (New York: Harper & Row, 1980); y Charles Krauthammer, *Cutting Edges: Making Sense of the Eighties* (New York: Random House, 1985).

tas, ingenuas e ilusorias. Sin embargo, la estructura política de tales ideas en sectores de gran influencia de la ciudadanía debe ser reconocida. Los "realistas" luchan contra los rápidos cambios de la moda y contra las campañas activistas de los "moralistas", y en esta lucha se arriesgan a ser tachados de "inmorales". Incluso aquellos que se oponen a las tendencias generales de la "cultura política" de su tiempo, confían, a la vez, en que las buenas ideas, bien argumentadas, a veces desplazan a las malas. Ellos saben bien que una sociedad civilizada está constituida por ciudadanos comprometidos en procesos de persuasión mutua,²⁴ lo que implica ideas fundamentales como la de los derechos humanos.

Derrotando la Idea Soviética

Mirando hacia el futuro, entonces, hay sólo una verdadera esperanza para la expansión de la visión occidental de los derechos humanos: la idea soviética —permítanme destacar la palabra idea— debe ser derrotada. Esta proposición, por supuesto, será recibida por algunos con alarma. Me propongo, no obstante, tomar como mi texto el famoso ensayo publicado en 1947 por George F. Kennan Jr., en el cual bosqueja la política de "contención" sobre la base de que había pocas esperanzas de moderar ya fuese el "mundo mental" de los dirigentes rusos o ya fuese la "ideología" del Partido Comunista.²⁵ Por eso, él propuso como una política transitoria —que, según sugiere, requerirá "diez o quince años" —que el Occidente debe bloquear la tradicional expansión rusa y soviética con fuerza contraria. Tales son el "mundo mental" y la "ideología" de los líderes soviéticos, argumenta Kennan, que estos últimos no van a examinar ni las palabras ni los argumentos, sino sólo los "hechos de validez incontestable".

Habiendo aprendido del apaciguamiento de Hitler y del nazismo en Munich, Kennan y los otros arquitectos de la "contención" resolvieron no volver a equivocarse jamás por debilidad. Sin embargo, y a pesar de su probada utilidad, a través de los años la "contención" reveló defectos estratégicos. El mismo Kennan llegó a abandonar esta idea. A su debido tiempo la "contención" llevó a la

24 Derivada de Santo Tomás de Aquino, esta idea se ha vuelto influyente en los recientes años, a través de tales escritores como Thomas Gilby; O. P. y John Courtney Murray, S. J. El último cita a Gilby: "La civilización está formada por hombres encerrados en argumentos. De estos diálogos la comunidad deviene una comunidad política". Murray agrega: "La nota determinante de la asociación política es su cualidad racional deliberativa, su dependencia para su permanente cohesividad en los argumentos entre los hombres. En esto, difiere de cualquier otra forma de asociación que se halle en la tierra". *We Hold This Truths*. p. 6; la cita de Gilby es de *Between Community and Society* (New York. Longmans. Green & Co., 1953).

25 Ver ensayo original "Mr. X" (George F. Kennan).

"detente" a "puntos de acuerdo" y a una política cuidadosamente calculada (se suponía) de "premios" y "castigos" destinados a influir la política soviética en la dirección favorable a los Estados Unidos.

Algunos observadores argumentarán que "la preocupación por los derechos humanos" resulta mejor bajo una política de "detente". Como un sol brillante, el calor de la detente estimuló a los soviéticos a remover, por ejemplo, fuertes restricciones sobre la emigración. En verdad, algunos han dicho que la enmienda Jackson-Vanik, que directa y públicamente restringió el comercio con los rusos a menos que se mitigaran más las restricciones sobre emigración, congeló la atmósfera y produjo aun más duras medidas de restricción.

Cualquiera sea la verdad en esta disputa histórica, tanto bajo la "contención" como bajo la "detente", se perdió de vista un punto esencial. El "mundo mental" de la clase dirigente soviética se aceptó como inmutable. La estrategia norteamericana se dirigió a lo que se podría llamar "modificación de comportamiento". Las decisiones de los soviéticos serían afectadas desde afuera hacia adentro, mientras la fortaleza del "mundo mental" de los soviéticos y su "ideología" no serían tocadas. Tal vez esta decisión fue sabia, tal vez inevitable. Sin juzgar históricamente el pasado, deseo proponer un nuevo enfoque. Este nuevo enfoque no precisa borrar la política de "contención" o de "detente". En cierto sentido es coherente con ambas, como también una juiciosa mezcla de ambas. Pero va más allá de las dos. Toma como sus principios estratégicos el objetivo a largo plazo de cambiar el cúmulo de ideas corrientemente disponibles dentro del "mundo mental" de los soviéticos. Ataca el meollo de la fortaleza del poder soviético: su particular manera de estructurar la realidad y su percepción. Yo llamo a este esfuerzo "la controversia de las ideas", y más tarde, en la sección siguiente, intentaré clarificar este concepto.

Por ahora es suficiente registrar lo que considero la parte falible de las primeras estrategias, es decir, que el primer pensamiento estratégico de los Estados Unidos no estaba diseñado para una victoria, sino sólo para un breve término de contención. El objetivo para la política externa llegó a ser la "coexistencia pacífica". El énfasis tradicional de los Estados Unidos en la democracia y los derechos humanos fue fuertemente criticado como "moralista" y con el tiempo desapareció casi completamente. Existiendo este desdén, hacia 1977 el presidente Jimmy Carter fue ampliamente elogiado, y apreciado incluso internacionalmente, por "restaurar" el interés en los derechos humanos por parte de la política externa de los Estados Unidos. Por un tiempo el Occidente se puso a la defensiva, comenzó a perder fe en sus propios postulados, cayó en la tentación del cansancio y se hizo vulnerable a cargos como el de "equivalencia moral". No obstante, a medida que se desarrollaba la lógica interna de las primeras concepciones surgieron poderosas fuerzas urgiendo poner fin a la "mentalidad de la guerra fría", subrayando "similitu-

des" y soñando con "convergencias". El presidente Cárter, cuando admirablemente puso los derechos humanos otra vez en el centro de la agenda de la política exterior de los Estados Unidos, tuvo el cuidado de decir que el pueblo americano había dejado de lado nuestro "excesivo temor al comunismo". Por un tiempo el foco de la comunidad interesada en los derechos humanos dejó de lado a la Unión Soviética.

Sin embargo, cualquiera que crea en los derechos humanos, ya sea como lo entiende el mundo occidental, o según la lista de Peter Berger de los universalmente reconocidos abusos a los derechos humanos, se encuentra necesariamente en curso de colisión con el comunismo. Las ideas tienen consecuencias, y la diferencia radical entre la concepción occidental de los derechos humanos y la concepción de los soviéticos tiene consecuencias radicalmente distintas. Por lo tanto, estar en favor de un mundo gobernado por ideas, hábitos, instituciones y asociaciones organizados según el eje de las concepciones occidentales de los derechos humanos, se opone a un mundo gobernado por ideas comunistas de los derechos humanos, tal como éstos están inmersos en los hábitos e instituciones de la concepción soviética.

El régimen soviético está construido explícitamente sobre el principio de que aquello que haga progresar el comunismo es moral, y aquello que lo impida o disminuya es inmoral.²⁶ Estos principios permiten una inmensa flexibilidad táctica y estratégica. Sin estos principios, tanto el comunismo como el régimen soviético carecerían de coherencia. Mientras que de acuerdo a sus propios principios los Estados Unidos pueden practicar el "laissez faire", la URSS no lo puede hacer. Su sola razón de ser exige conformidad con la inexorable lógica de su propio destino; arrojar el capitalismo al basurero de la historia, y abrazar la lógica de la conquista total del marxismo-leninismo. En resumen, la URSS es, y debe ser, en la medida que sea fiel a sí misma, un irreconciliable enemigo de las concepciones, hábitos e instituciones occidentales. Aquellos que se dedican a la difusión universal de las instituciones de los derechos humanos en este planeta tienen en la URSS un formidable oponente. Uno quisiera que no fuese así. Pero lo es.

26 Lenin escribió: "Nosotros repudiamos todas esas moralidades tomadas fuera de los conceptos humanos de clase. . . . Nosotros decimos que nuestra moralidad está completamente subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado."

"¿Y en qué consiste esta lucha de clases? Consiste en derrocar al zar, derrocar a los capitalistas, destruir la clase capitalista. . . . Nosotros subordinamos nuestra moral comunista a esta tarea. Nosotros decimos: "Moralidad es aquello que sirve para destruir la vieja sociedad explotadora y unir a todos los trabajadores alrededor del proletariado, que está creando una nueva sociedad comunista" *Collected Works*, vol. 23, pp. 321-323, citado en David Shub. *Lenin* (Garden City, New York: Doubleday & Co., 1951), p. 396. Ver también Kolakowski, "Marxism and Human Rights".

Aun más, hay razones para creer que el carácter agresivo del Estado soviético determinado por el "mundo mental" y la "ideología" de sus dirigentes es tan verdadero hoy día como cuando George Kennan lo afirmaba en 1947. En tanto el régimen soviético no dependa del consentimiento de sus gobernados, su pequeña clase gobernante puede usar su poder sobre la maquinaria del Estado en inconcebibles maneras. Este es un punto que ha hecho notar Andrei Sakharov.²⁷ Un cese de la agresión soviética depende del control que algún día gane su gente sobre el total poder del Estado. De otra manera, la gente común de la URSS, carente de poder, son poco menos que pasivos sufrientes. Faltando esto, el único control sobre el poder soviético es una vigilante, perseverante y costosa "contención" por parte de Occidente.

Es dudoso que la gente democrática pueda incesantemente mantener esa vigilancia, e incesantemente pagar sus costos. Porque la gente libre de Occidente va a ser desgarrada por impulsos contradictorios: por una parte, mantener una clara conciencia del profundo mal, y de la inherente amenaza a largo plazo planteada por el sistema soviético; y por otra, aprender a "confiar" suficientemente en los dirigentes soviéticos para entrar en una larga secuencia de negociaciones, como si fueran gobernantes como todos los otros, sabiendo que no lo son. Tal conciencia discordante es sumamente dificultosa de mantener para amplios sectores.

En este sentido, debido a su sistemática violación de los derechos humanos de su propia gente, la URSS es el mayor peligro para la paz mundial. La tarea a la que se deben abocar sus agentes de propaganda y de desinformación es, por lo tanto, tan enorme como el presupuesto, el poder humano y los instrumentos que la URSS pone a su disposición. Tienen que construir una imagen diametralmente opuesta a la realidad, y mantener esa imagen como verdad. Tal como Vladimir Bukovsky y Alexander Solzhenitsyn han escrito, este esfuerzo hace de este régimen, único en la historia, el régimen de la mentira.²⁸

27 Sakharov escribe que los ciudadanos occidentales "tienen el derecho de controlar las decisiones de los líderes nacionales, hechas sobre asuntos de los cuales depende el destino del mundo. Pero nosotros ni siquiera sabemos cómo, o por quién, fue tomada la decisión de invadir Afganistán. Las personas en nuestro país no tienen ni siquiera una fracción de la información acerca de los acontecimientos en el mundo y en su propio país que tienen a su disposición los ciudadanos del Occidente. La oportunidad de criticar la política de nuestros propios líderes nacionales en materias de guerra y paz, como ustedes lo hacen libremente, es del todo inexistente en nuestro país. No sólo declaraciones críticas, sino sólo de naturaleza meramente factual, hechas aun en asuntos mucho menos importantes, a menudo implican arrestos y una larga sentencia a confinamiento o a prisión siquiátrica". "The Danger of Thermonuclear War", *Foreign Affairs*, Verano 1983, p. 1015.

28 Ver Alexander Solzhenitsyn, *Nobel Lecture* (New York: Farrar, Strauss,

Aquí reside la mayor vulnerabilidad de la URSS. En el mejor de los casos, vivir una mentira requiere un gasto inmenso de energía síquica. En un mundo manejado por una revolución en las comunicaciones, mantener esta mentira llega a ser inmensamente dificultoso. Se pueden controlar cuidadosamente seriales numeradas de hojas de papel carbón. Se pueden vigilar de cerca las máquinas copiadoras. La disponibilidad pública de computadoras personales, y bancos de información accesibles, coloca a los dirigentes soviéticos frente a un problema de seguridad de dimensiones muy diferentes. Y tales amenazas sólo recién han comenzado. Basta considerar la posibilidad, no muy distante en el futuro, de que imágenes televisadas puedan ser emitidas desde afuera por satélites en cada uno de los televisores de la URSS. Grabadoras video-cassettes y otros instrumentos de comunicación también van a desafiar la supremacía ideológica del Estado.

En tanto, la nueva era de la tecnología igualmente ha cambiado la composición social de la clase dirigente soviética, la nomenklatura. Como otras naciones modernas, la URSS depende de una burocracia integrada por una "nueva clase" de profesionales ejecutivos altamente educados, técnicamente expertos. (Ya que la mayor parte pertenecen a la Liga de Jóvenes Comunistas, también llamados jóvenes comunistas urbanos, los periodistas los llaman ahora "Yukkies".) En la URSS, la nomenklatura es una pequeña minoría. Para cambiar el pensamiento de la URSS, por lo tanto, no se necesita cambiar el pensamiento de la población entera. Se necesitaría cambiar la mente de, digamos, los principales 30.000 líderes en cada una de las clases dirigentes que corrientemente dividen los tres mayores poderes de la URSS: los cuadros superiores del Partido Comunista, de la KGB y del Ejército Rojo. Esta es una inmensa tarea. Pero sus dimensiones, en términos cuantitativos, no son inmensas.

Por una parte, no es fácil para todos vivir permanentemente y por generaciones una vida despiadadamente atea, una vida que obliga a cada cual a interpretar cada aspecto de la vida humana en tér-

and Giroux, 1972). "Evitemos olvidar que la violencia no florece ni puede florecer por sí misma; está inevitablemente entrelazada con la mentira. Entre ellas está la más estrecha, la unión más natural y profunda: nada encubre la violencia excepto la mentira, y la única manera como la mentira puede mantenerse es por la violencia. Quienquiera haya anunciado alguna vez la violencia como su método, debe inexorablemente escoger la mentira como su principio. En su nacimiento, la violencia se comporta abiertamente y aun con orgullo. Pero en la medida en que se fortalezca y se establezca firmemente, contamina la delgada capa del aire alrededor de ella y no puede proseguir sin oscurecerse a sí misma en mentiras, vistiéndose con mentirosas y almidonadas oratorias. No siempre o necesariamente va derecho al gazarate, usualmente solicita de sus víctimas solamente lealtad a la mentira, solamente complicidad en la mentira". (Ibid., pp. 32-33). Ver también Vladimir Bukovsky, "The Soul at Man Under Socialism", *Commentary*, enero 1979.

minos rigurosamente materialistas. Muchas experiencias de vida humana corren en una dirección opuesta. El escalofriante y frío horror de los funerales del Estado soviético debería hacer surgir algunas preguntas. La urgencia de pensar por sí mismo, y a la vez, vislumbrar y hablar la verdad como uno la ve, debería despertar otras preguntas. Los recovecos y honduras del amor, de la lealtad y de la amistad, también deben provocar tentaciones. El judaísmo, el cristianismo y el islamismo mantienen hondas y escondidas raíces a través de la siquis de mucha gente en la URSS. Aun el amor por la tierra rusa, tan efectivamente evocado por la propaganda comunista, es una emoción que la solidaridad socialista internacional debería haber vuelto obsoleta. Como una teoría total de la experiencia humana, la ideología comunista es bastante frágil.

Las raíces de la experiencia de las concepciones occidentales, de las cuales surgen los derechos humanos, se han considerado siempre universales. Si no fueran así, hace largo tiempo que habrían sido falsificadas, y no habrían atrapado la imaginación del mundo. Como lo ha observado Mihajlo Mihajlov, "la literatura de la prisión" de la era soviética provee ejemplo tras ejemplo de "conversiones".²⁹ En aislamiento, en penuria, en aparentemente universal abandono, el alma humana —incluyendo el alma rusa— se vuelve hacia su propia identidad en la más profunda fortaleza de la conciencia humana. Allí dentro radican un poder y una luz llamándolo a una fidelidad que ni el Estado ni la tortura pueden arrebatarle. Allí dentro yace el terreno de la dignidad humana, en busca de instituciones que pue-

29 "¿Qué sucede dentro de una persona en ese momento, cuando, repentinamente, extraída de una vida común, es lanzada bajo la jurisdicción de fuerzas poderosas e inmisericordes, que parecen tener solamente un deseo, su destrucción? ¿Hay alguna clase de defensa o resistencia posible? Todas las cosas bajo las cuales una persona ha vivido, todo lo que posee, por ejemplo, libre voluntad, gente que estaba cercana a ella, trabajo del que gozaba, propiedad privada, sus bienes físicos, su vida, nada de esto está en condiciones de defender, y todo está en las manos de las fuerzas del mal. Y si una persona intenta resistir en la esfera de aquello por lo cual ha vivido y poseído hasta allí, está condenada a la derrota desde el mismo comienzo. La persona misma no está en ninguna condición capaz de defender nada de lo que las poderosas fuerzas externas, en cuyo puño está agarrada, quiere quitarle.

Así, encontrándose en el borde de un abismo, una persona, antes de su completa destrucción, comienza a entender que, sin embargo, algo existe que no pertenece al reino de las fuerzas externas, invencibles. Y a pesar de que aunque todo el resto ya no pueda ser salvado, la resistencia, la lucha y la victoria son posibles de una manera: en la preservación del alma, o para ponerlo de otra manera, lo que es, no obstante, exactamente la misma cosa, en salvaguardar la propia libertad espiritual, y en la resistencia al mal y a la fuerza". "Mystical Experiences of the Labor Camps" en *Underground Notes*, traducción de María Mihailov Ivusic y Christopher W. Ivusic, con una introducción de Vladimir Maximov (London: Routledge & Kegan Paul, 1977), pp. 178-179; énfasis en el original.

dan proteger su expresión externa. Ya el Occidente ha visto miles de defecciones, que no podían soportar la sofocación de sus conciencias. No ha habido un movimiento masivo (aunque 400.000 judíos han pedido visas de salida, y están esperando la oportunidad). Pero no se necesita de un movimiento masivo tanto como de un movimiento estratégicamente colocado en la conciencia de la minoría dirigente.

No pretendo ser optimista. Nacido en una familia que vino del centro de Europa, se me prohíbe ser optimista; pesimismo es la lengua nativa de nuestras almas. Solamente soy pesimista acerca de la supervivencia espiritual del comunismo: como una teoría de la experiencia humana, el marxismo leninismo no durará para siempre. Puede durar lo suficiente, por supuesto, para conquistar y oscurecer el mundo. En cualquier caso, es nuestro deber pensar estratégicamente y enfocar nuestros esfuerzos. La nomenklatura habita un vacío espiritual, cuyo único lenguaje es favor, poder y fuerza. En su sereno y efectivo reportaje, *Nomenklatura: La clase dirigente soviética*, Michael Voslensky escribe:

La nomenklatura es una clase de explotadores privilegiados. Adquiere riqueza del poder, no poder de la riqueza. . . Tiene algunas realizaciones positivas a su favor, pero se ha vuelto cada vez más parásita. Su contribución a la sociedad y su tenaz deseo de dominación del mundo envuelven un grave peligro de guerra mundial.³⁰

Y agrega:

La característica esencial de la sociedad capitalista no es el privilegio sino el dinero. En las sociedades socialistas no es el dinero sino el privilegio. Esto hace que la nomenklatura sea a la vez arrogante y sensible, porque tiene conciencia de la reacción que el constante crecimiento de sus privilegios levanta en la población.³¹ Los nomenklaturistas están empezando a sentirse ansiosos.

Permítaseme resumir mi argumento. La preocupación de construir un planeta en el cual los derechos humanos sean universalmente protegidos, encuentra en la URSS un formidable y determinado enemigo, ideológicamente riguroso y armado hasta los dientes. La

30 Michael Voslensky, *Nomenklatura: The Soviet Ruling Class*, traducción de Eric Mosbacher (New York: Doubleday, 1985), p. 441.

31 Ibid, p. 240. Ver también Konstantin M. Simis, USSR: *The Corrupt Society: The Secret World of Soviet Capitalism* traducción de Jacqueline Edwards y Mitchel Schneider (New York: Simón and Shuster, 1982), especialmente el Capítulo 2, "The Ruling Élite: Corrupción, Legalized and Illegal".

debilidad fatal de este enemigo reside, primero, en el reino del espíritu, y segundo, en su frágil y vertical estructura de clases. Su centro nervioso, su alma, reside en los sectores más privilegiados de su clase gobernante. Sobre esta clase, el Occidente debe enfocar el máximo poder de su propia vida espiritual y, en particular, el lente de sus propias concepciones sobre la dignidad humana y los derechos del hombre. Es la dignidad de tales personas, sus propios derechos humanos, lo que está en cuestión.

¿Cómo podrá hacerse esto? Los procesos de pensamiento de la nomenklatura están estrechamente controlados. No son tanto los individuos los que piensan, sino un sistema de pensamiento que está hecho para pensar a través de ellos. De este sistema de pensamiento no se atreven a desviarse, menos aun en público o frente a sus colegas, quizá ni siquiera dentro de sus familias o ante sus amigos íntimos. Es razonable pensar que los miembros de la nomenklatura no hayan gozado nunca un momento de libre expresión, o de discusiones abiertas sobre puntos esenciales o de un honesto intercambio de puntos de vista divergentes relacionados con la realidad política y humana. Aun cuando sus hombres más privilegiados y más altamente entrenados se encuentran con occidentales, las conversaciones privadas son invariablemente como "aprendidas de memoria". Habitualmente, reconociendo esta rigidez, los occidentales evitan, aun en privado, los argumentos ideológicos. Porque, para la mayoría de nosotros, las discusiones con otros acerca de convicciones personales fundamentales constituyen una mala educación. Incluso si un occidental aventura el más obvio y básico gambito en un "franco intercambio de opiniones", su contraparte soviética, como un ajedrecista bien entrenado, rápidamente hace una movida que lo bloqueará.³² Todo un catecismo ha sido preparado con anticipación.

No obstante, los dos lados pueden aprender el poder crucial de las ideas en política internacional. O bien Occidente acepta la ideología soviética, o no la acepta. Si no la aceptan, los occidentales tienen entonces la obligación de aprender los movimientos que penetran las defensas intelectuales de su contraparte. Es verdaderamente asombroso observar lo poco que se han preparado los occidentales para hacer esto. Como consecuencia, los numerosos cientos de soviéticos de la clase dirigente que ganan el privilegio de viajar al extranjero rara vez encuentran conversaciones polémicas o perturbadoras, o ingratas para ellos; por el contrario, su éxito al intimidar a los occidentales, incluso con argumentaciones, les hace suponer que ellos han ganado la partida.

Otra vez Voslensky:

32 William Safire cuenta su propia experiencia con dos miembros de la nomenklatura soviética durante la cumbre de Ginebra de 1985, que en cada momento bloquearon sus comentarios. "Are They for Real?" *New York Times*, 24 noviembre 1985.

La nomenklatura quiere no la guerra sino la victoria. Su propósito es ganar la batalla entre los dos sistemas sin combatir. Ellos se proponen un show pugilístico con la intención de persuadir a Occidente de que el comunismo es preferible a la catástrofe, que es mejor ser rojo que muerto. Crean la impresión de que están preparados para atacar a quienes se interponen en su camino y entregarse a esto es mero realismo. . . La nomenklatura ataca solamente a los débiles.³³

Aquí surge otro desafío a mi argumento. Usted está proponiendo, me acusarán algunos, una cruzada ideológica, acidas polémicas públicas, una postura de adversario en la cual acomodarse a un "interés nacional" no es posible. (Esto no es lo que estoy proponiendo, como veremos dentro de poco; por el momento dejémoslo pasar.) ¿Y qué sucedería en el intertanto con los avasallantes problemas de manejar conflictos internacionales y la competencia de las armas nucleares?

Mi respuesta es que las raíces de los conflictos internacionales y de la competencia nuclear no sólo se extienden únicamente al superficial nivel "administrativo" sino mucho más hondamente, al reino de las ideas. ¿Por qué los soviéticos buscan la expansión internacional? Existen dos razones. Primero: la nomenklatura soviética cree que la historia los ha destinado a expandirse y a prevalecer. El programa del Partido Comunista de 1971 lo afirma en forma tajante: "El socialismo va a triunfar, inevitablemente, sobre el capitalismo en todas partes. . . Nuestra época. . . es una época de transición, de más y más personas, en el camino del socialismo, del triunfo del socialismo y del comunismo a escala mundial".

En sus años de meditación sobre la nomenklatura, Voslensky "no encuentra nada" que contradiga el compromiso de sus miembros con este dogma de fe. "Por el contrario, la mentalidad total de la nomenklatura, su lenguaje, su comportamiento y sus ideas, constituyen una evidencia de estas intenciones, que para ellos son perfectamente naturales".³⁴

La segunda razón reside en que el sistema económico feudal soviético resulta precario para la creación de nuevas riquezas. La única esperanza para superar el poder y la riqueza de la nomenklatura reside en la conquista. Tal como otros poderes precapitalistas, la URSS no puede crear nuevas riquezas sistemáticamente. Su sistema no está diseñado para esto. Deben obtener nuevas riquezas usando métodos anticuados: deben conquistar a otros y llevarse el botín. Aun peor. Los consumidores soviéticos (como Georgi Malenkov "confesó" en 1953 y Michael Gorbachev "confesó" en 1985)³⁵ des-

33 Voslensky, *Nomenklatura*, p. 329.

34 Ibid., p. 352.

35 Jean Francois Revel en un discurso para el Comité del Mundo Libre, Washington, D. C., 24 noviembre 1985. En agosto de 1953 Georgi Malenkov

precian los productos hechos en la Unión Soviética y aprecian los productos importados. De esta manera, la visión de una nación que en realidad crea riqueza en una nueva forma, es la más grande de todas las amenazas para la clase dirigente soviética, ya que podría llevarlos a reconocer esto ante el tribunal de sus propios ciudadanos.

Debido a la mera existencia de un Occidente libre y afluente que muestra a sus subditos que el sistema capitalista, con todas sus fallas, provee mejores condiciones de vida, la nomenklatura piensa que ese día también llegará para ellos. Como esto no tiene nada que ver con ninguna actitud provocativa de parte de Occidente, sino que es la consecuencia de su mera existencia, ninguna dosis de detente o de "buena conducta" de su parte influirá en los líderes soviéticos para que abandonen su objetivo de destruir el sistema occidental. . . La coexistencia, sea pacífica o no, sólo puede tomar la forma de conflicto.³⁶

Dado que la fuente de los conflictos internacionales y de la competencia nuclear con los soviéticos reside en la disponibilidad de ideas encarnadas en la vida de la clase dirigente soviética, ¿cómo puede ignorar esto una "buena administración"? El conflicto fundamental reside en ordenar las ideas, mucho más que en herramientas y "malentendidos". Los buenos administradores deben atacar ese conflicto en sus raíces. Todo pensamiento estratégico debe mantener dicha raíz como punto central. Hasta el momento, y lamentablemente, hemos hecho poco para lograr ese propósito.

Por supuesto que el procedimiento estratégico es, necesariamente, de largo alcance. No estoy prediciendo un día inminente en que esto se reconozca. En el intertanto, una táctica y un manejo día a día de intereses nacionales y balances de poder deben seguir adelante. Más aun, todo movimiento táctico debe diseñarse a la luz de un propósito de estrategia global. La "contención" no es suficiente. Y tampoco lo es la "detente". Una estrategia ganadora depende de la derrota de la idea soviética en la mente de la nomenklatura.

Observaciones Sobre Política Exterior

Estratégicamente, entonces, permítanme dos observaciones de política exterior. Primero, una de las defensas de la moral de la nomenklatura es su sentido de invencibilidad. Desde la caída de Stalin-

escribió: "Debemos confesarlo, sin embargo, que la calidad de nuestros productos permanece como uno de los puntos vulnerables de nuestra economía". En junio de 1985, Mikhail Gorbachev repitió los mismos términos: "Debemos confesar que estamos muy por debajo en la calidad de los bienes de consumo para nuestro diario vivir". Citado en Charles Wheeler, "Pro-West Views Gain in Europe", *Washington Times*, 25 noviembre 1985.

36 Voslensky, *Nomenklatura*, pp. 326-327.

grado, esta clase ha experimentado el inexorable y sorprendente avance del poder soviético. De una nación derrotada, empobrecida, fatalmente amenazada, sus miembros han experimentado el levantamiento meteórico de la URSS al status de "superpotencia". ¿No es acaso una prueba prima facie de que la doctrina de la necesidad histórica que aprendieron del catecismo del marxismo-leninismo es correcta? El Occidente, tal como se predijo, parece estar decadente, confuso, carente de voluntad y decididamente deseoso de ser engañado. Por contraste, la URSS parece resuelta, firme, cada vez más poderosa, y lenta, pero decididamente avanzando. Aun sus momentáneos retrocesos y derrotas son fácilmente explicables: la historia no se mueve en línea recta, ni en la época de Lenin ni ahora. Lo que importan son el progreso permanente y el triunfo inevitable.

Ahora bien, un experto observador de la Unión Soviética puede creer que aquí exagero. Seguramente, el opositor dirá que al menos algunos miembros de la clase dirigente soviética reconocen en 1985 que el orgulloso desafío de Khrushchev en 1956 ¡Os enterraremos!, fue exagerado; que no hay señales ni del inminente colapso del capitalismo o del inminente éxito del socialismo soviético en alcanzar la era de plenitud. Pero estas observaciones no debilitan mi punto de vista; lo refuerzan. Si existen ya signos de duda en la nomenklatura —"los nomenklaturistas están empezando a sentirse preocupados"—, entonces una estrategia basada en proveer válidas razones para explicar tales resultados está lejos de ser imposible. Los errores que implican las predicciones del marxismo-leninismo no son accidentales. Ellos son el fruto de una pseudociencia, madurando hacia el momento más amargo de su fracaso.

De esta línea de reflexión, extraigo dos conclusiones tentativas. Primero, lo que más estremecerá la fe de la nomenklatura es la descalificación histórica a través de una línea de clarísimas derrotas. "La contención" no es suficiente. La doctrina Brezhnev —que sostiene que un territorio una vez socialista debe permanecer socialista para siempre— debe ser falsa. La nomenklatura debe llegar a ver la escritura en la pared: derrota inevitable.

Esta derrota bien puede llegar a ser en el frente espiritual: un creciente divertimento irónico relativo al "marxismo-leninismo", la molesta erosión de la creencia, la rebelión espiritual de los polacos, los afganos, los húngaros, los yugoslavos, las repúblicas islámicas dentro de la URSS y otras. La refutación histórica es la llave.

Segundo, el análisis interno hará ver algún día a cientos de dedicados, serios, comunistas de Rusia, que el marxismo-leninismo los ha engañado con una serie de doctrinas económicas equivocadas. Tarde o temprano, ellos verán que la doctrina marxista-leninista del "trabajo como teoría del valor", de la nacionalización, de la colectivización, del odio por la propiedad privada, del desprecio por el mercado, del desdén por los incentivos y por la creatividad y capacidad de descubrimiento del capitalismo, que todo eso son errores de primer orden. En resumen, que sus ideas son fallidas y que estas ideas

fallidas los harán cargar con una economía de ratón Mickey, condenándolos a una inferioridad primitiva.

Ya hay señales de que húngaros, yugoslavos y otros economistas serios han llegado a la saturación con las doctrinas económicas socialistas y apenas, si no del todo, pueden disfrazar su desprecio por ellas. Si llegaran a triunfar las ideas del tipo "Karl Marx-Adam Smith" del experimento chino, no sólo como ya lo han logrado, al doblar la producción alimenticia en apenas dos años, sino también colocando a China en una trayectoria de crecimiento económico que preocupa a sus vecinos del Norte, entonces la presión sobre la URSS será intensa. El comercio entre los economistas húngaros y sus ansiosos pupilos chinos está ya apretando un torniquete desde Occidente a Oriente sobre la economía soviética.

La economía soviética es ahora el centro de la atención mundial. ¿Es posible que cambie? ¿Podrá cambiar? Que debe cambiar está claro, aun para el secretario general Gorbachev. Importantes postulados del marxismo-leninismo tendrán que ser dejados de lado en este proceso. Y entonces, ¿qué permanecerá de lo que resta, cuando una teoría primariamente basada en el determinismo económico debe abandonar sus premisas básicas, por la muerte lenta de miles de sus principios?

¿No habrá en alguna lúgubre biblioteca un nuevo Marx anti-marxista, preparando la justificación de las indispensables libertades económicas?

Las libertades económicas son la condición necesaria (pero no suficiente) para cualquier régimen de derechos políticos y civiles.³⁷ La ausencia de libertades económicas cercena la creatividad económica. También produce un vacío en la dirección política y civil. El "proyecto liberal" no puede avanzar a menos que los ciudadanos puedan expresarse por sí mismos a través de su poder económico independiente. Marx habló desdeñosamente de "derechos burgueses", pero la historia muestra claramente su necesidad, no sólo para el dinamismo económico, sino también para la completa expresión de los derechos de conciencia en el dominio civil y político. Como "los socialistas de mercado" lo reconocen, la creatividad económica depende de la empresa, inventiva e información rápida y precisa traspasada por los mercados.

Los líderes soviéticos inteligentes ya reconocen este factor, aunque débilmente. Al 3% de la agricultura soviética se le permitió dedicarse al cultivo privado y vender su producción en el mercado; ahora produce el 33% de los productos alimenticios que actualmente llegan a la mesa de los soviets. Los líderes soviéticos saben esto

37 He elaborado este tema en *The Spirit of Democratic Capitalism* (New York: Simón and Shuster/American Enterprise Institute, 1982) especialmente en la Introducción y Capítulo 1 "What is Democratic Capitalism?" of *Law, Ethics, and Public Policy*, por aparecer.

tan bien como nosotros; el secretario general Gorbachev, a menudo, en forma indirecta, se refiere a esto. Hasta ahora, por supuesto, los líderes soviéticos no han querido sacar la conclusión obvia. Ellos no quieren una nación de agricultores prósperos que exija un gobierno más representativo. Por razones de "control político", estos líderes desean mantener una economía represiva e inadecuada. ¿Insistirán para siempre sobre esto? Uno piensa, por último, que ellos son muy inteligentes para esto. Algunos de ellos, con el tiempo, revisarán su ideología y abrirán las puertas que finalmente cambiarán la forma de la política económica soviética.

En la contienda entre concepciones opuestas sobre derechos humanos en este planeta, la historia ya ha decidido que las ideas del capitalismo liberal funcionan mejor, no sólo en inventiva y creatividad, sino también en levantar a la gente común.³⁸ Continuando el avance, tanto por la realidad como por convincentes argumentos, no es imposible que los intelectuales soviéticos, como los intelectuales de otras partes, ajusten la ideología de acuerdo a los hechos.

El propósito específico de una política exterior norteamericana, por lo tanto, no es el "contener" la idea soviética, ni aun buscar una "detente", o una "negociación" con sus protagonistas, sino derrotar la idea soviética. La derrota es inevitable, pero podría apresurarse mucho más por un esfuerzo mayor que el que Occidente nunca haya realizado antes, precisamente en el reino de las ideas. En favor de las ideas occidentales está la realidad misma, tanto en la esfera de la conciencia humana como en la esfera de la creatividad económica. En la guerra de las ideas, la realidad es el más poderoso de los aliados.

Clarificaciones Relativas a "La Guerra de las Ideas"

En discusiones convencionales sobre derechos humanos y política externa normalmente surgen dos preguntas: ¿Cuáles son las ventajas, entre los esfuerzos para corregir los abusos de los derechos humanos (la emigración de los judíos soviéticos, por ej.) y

38 Mahbub-ul-Haq, ahora ministro pakistano de Planificación y Finanzas, es citado por Georgi Anne Geyer en la *Britannica World Data Annual 1985* así: "La guerra ideológica en el Tercer Mundo ha sido ganada por el Occidente sin que éste se haya dado cuenta. El Tercer Mundo encuentra fascinante ideológicamente pensar que volviéndose comunista se van a desligar de aquellos que los dominan. Pero ahora encuentran que se aproxima una nueva madurez, un reverdecir del movimiento de independencia y una liberación de los países en desarrollo de las amarguras y las fallas que siempre encuentran en relación con los de afuera. Nuestros intelectuales han ido dándose cuenta de lo mucho que los problemas están en casa, y que el socialismo y el comunismo no ofrecen soluciones rápidas. China ha repudiado algunas de las reglamentaciones. Para la gente del Tercer Mundo, lo que importa es si es posible que podamos alimentarnos a nosotros mismos".

otros resultados deseados de política exterior (control de armas, por ej.)? ¿Es que una dura y pública confrontación con la URSS ayudaría a cambiar las prácticas del gobierno soviético? Aun cuando éstas son preguntas importantes, no están lanzadas al nivel de la realidad al que trato de dirigirme. Por guerra de ideas no me refiero a los esfuerzos, por muy importantes que sean, para corregir los abusos de los derechos humanos en la URSS. Tampoco me refiero a una confrontación ideológica pública. Lo que intento tiene dos etapas: 1) ayudar a los ciudadanos soviéticos a comprender qué es lo que Occidente entiende por derechos humanos, por qué los valoramos y por qué no nos persuaden sus argumentos en contra de ellos, y 2) estimular esas líneas de interrogantes que desenmascaran la estructura mítica del pensamiento soviético y empezar a proveer alternativas creadoras.

"Usted es demasiado optimista" replicarán algunos críticos ecuanímenes; los funcionarios soviéticos no tienen una mente abierta. Además, las ideas son mucho menos significativas en política internacional de lo que usted supone". ¿Pero si la clase dirigente soviética no fuera vulnerable a las ideas, por qué necesita tanto esfuerzo para defenderse contra las comunicaciones externas y ejercitar a sus miembros en su línea interna del partido? ¿En qué otra parte podría "la infalibilidad del partido" y su ideológica disciplina de "hierro" ser esencial para el proyecto ruso? Aceptar la rigidez intelectual soviética como una premisa inmutable y tratarla como sacrosanta mostraría una gravosa debilidad mental de nuestra parte.

Supongamos que la tendencia mental soviética proviniera no de una moderna "ciencia" secular, sino de cierta fe católica medieval, que practicara la censura y la inquisición. Seguramente los contemporáneos occidentales los combatirían con toda la furia de la Ilustración. Supongamos que se sostenga que el comunismo (como George Kennan lo sostuvo en 1947) sea un equivalente moral del nazismo. Los occidentales no vacilarían un minuto en atacar sus proposiciones con concentrado desprecio intelectual. Tal como están las cosas, la falla occidental para desenmascarar los absurdos en las ideas soviéticas sugieren que nosotros mismos hemos caído en la trampa de la mistificación.

Por una parte, muchos intelectuales occidentales comparten con sus contrapartes soviéticos algunas formas de ateísmo y algunos al menos comparten una forma de materialismo. Una gran cantidad, especialmente en las humanidades y en las ciencias sociales, han recibido una educación anticapitalista (tanto de la tradición aristocrática como de la socialista). No pocos han sido entrenados, y aceptan una buena proporción de "análisis marxista". Muchos comparten al menos algunos puntos de vista socialistas para ver las cosas y métodos coherentes con ellos de argumentación. De esta manera, los intelectuales occidentales a quienes les repelen las consecuencias de las ideas soviéticas no están siempre en una posición para atacar la idea soviética misma. Algunos fuertes elementos de las ideas soviéticas

—hábitos en el análisis marxista y ánimo anticapitalista— están fuertemente enquistados en sus mentes.

Sólo de esta manera puede uno entender la curiosa tendencia de los occidentales antisoviéticos, que miran el mundo mental soviético como intocable, mientras los soviets, a un inmenso costo psicológico y financiero, asumen extremas precauciones que son escasamente pruebas de autoseguridad intelectual. Los occidentales pueden pensar que las ideas de la clase dirigente soviética son inmutables. Con toda seguridad, los soviéticos temen muchísimo que no lo sean.

Permítanme ofrecerles un pequeño ejemplo de la confabulación que los occidentales a menudo extienden a la autodecepción de los soviéticos. Un ataque frecuente de los soviéticos sobre la visión occidental de la libertad individual es la de citar a Anatole France, en el sentido de que tanto el pobre como el rico tienen, bajo el capitalismo, el mismo derecho a "dormir bajo los puentes". He visto a occidentales guardar silencio ante este argumento. No debería haberles sucedido esto; el chiste, que después de todo tiene cien años, a menudo desde entonces ha sido respondido por los propios pobres. No es bueno que nadie tenga que dormir bajo un puente; pero es aún peor (para el pobre especialmente) estar sujeto a arresto arbitrario y a labor forzada.

Degrada al pobre el creer que está menos preocupado que el rico por ser libre. Es igualmente contrario a la realidad. Innumerables millones de personas pobres, desde la muerte de Anatole France, han abandonado su tierra natal para ir en busca de lugares extraños y aborrecibles por su anhelo de libertad. Este es un exilio cuyo costo moral los rusos patriotas, sobre todo, deberían apreciar. Y deberían avergonzarse de citar el breve lapsus mental de un gran escritor; no es la primera vez, ni la última, que el irresistible ingenio de un francés le haya costado injustamente el ser considerado superficial.

Al invocar las ideas, no me refiero a invocar combates ideológicos. Ciertamente no pretendo sugerir odiosos intercambios públicos, o polémicas públicas destinadas a avergonzar o a derrotar a los oponentes. Lo que quisiera subrayar, en cambio, es una tal línea de investigación y silenciosas respuestas —que se comunican mejor en privado—, que empujen a nuestros interlocutores a mirar los problemas de diferente manera, y a llegar a un mejor entendimiento de un punto de vista que no es el suyo. En primera instancia no estoy pensando en su "conversión", solamente en su más exacto entendimiento de una manera de pensar no habitual en ellos.

Aquellos que dicen que nuestras ideas occidentales acerca de los derechos humanos no son universales, ni siquiera entendidas universalmente —y particularmente esos rusos como rusos (dada su propia experiencia histórica), no entienden nuestras ideas como nosotros entendemos las de ellos— afirman implícitamente la utilidad de este proyecto. Porque si materias cruciales para nuestro propio

autoentendimiento, no son claramente entendidas por los funcionarios soviéticos, tal ignorancia puede apenas ser una ayuda. Nuestros propios especialistas deben hacer un gran esfuerzo para ayudarnos a entender a los soviéticos en sus propios términos. ¿Por qué pueden considerar a los soviéticos como incapaces, en cuanto seres humanos, de entendernos a nosotros en nuestros propios términos?

A menudo los americanos que tienen conversaciones privadas con estudiosos soviéticos o funcionarios quedan sorprendidos por las dudas que los últimos dan a entender (si no hay nadie presente) acerca de su propio sistema. Comparada con 1930, la sociedad capitalista hoy no está en decadencia. Hoy día el socialismo soviético no es el paraíso descrito que va hacia adelante, y su realización final parece más lejana que nunca. En una de esas ocasiones, un especialista soviético explicó que no había perdido la fe en el marxismo, porque, tal como él mismo interpretaba a Marx, la sociedad norteamericana llegaría a ser tan productiva y rica que estaría en condiciones, a su tiempo, de extender todos los beneficios sociales universales que Marx predijo: éste sería el "camino capitalista hacia el marxismo". De esta manera, borró todas las perplejidades del mundo tal como las veía.

Contrasta este "mundo mental" del especialista soviético, con el que describía George F. Kennan en 1947. Kennan distinguía al "mundo mental" de los líderes soviéticos de su "ideología".³⁹ El reconocía que la ideología soviética de la "infalibilidad" y de "la disciplina de hierro" daba "a todo el jerárquico aparato del poder soviético una inamovible pertinacia, una inmutabilidad, en su orientación". Esta pertinacia movía la "maquinaria gubernamental soviética" inexorablemente a lo largo del "camino prescrito, deteniéndose sólo cuando se encontraba con una fuerza sin respuesta". Agregaba: "Los individuos que son los componentes de esta maquinaria son irreductibles a argumentos o razones que vengan a ellos de fuentes externas". Por lo tanto, la ideología soviética fortalecía con hierro el miedo tradicional de Rusia hacia el Occidente liberal. Con indudable agudeza, Kennan decía de los líderes soviéticos en 1947 que:

. . . El representante extranjero no puede esperar que estas palabras puedan hacer ninguna impresión en ellos. Lo más que puede esperar es que ellas sean transmitidas a aquellos en los más altos cargos y que son capaces de cambiar la línea del partido. Pero incluso éstos es posible que no sean influidos por ninguna lógica normal en las palabras del representante burgués. Como no puede haber ninguna atracción para propósitos comunes, tampoco hay ninguna atracción para aproximaciones mentales

39 En "The Sources of Soviet Conduct", Kennan discute el "mundo mental" de los líderes soviéticos y cómo la "ideología" comunista concuerda con ella y la guía.

comunes. Por esta razón, los hechos hablan más fuerte que las palabras a los oídos del Kremlin.⁴⁰

Desde 1947, sin embargo, cuarenta años han pasado, y los representantes soviéticos en el exterior ahora tocan el timbre en todo el mundo. Miles de funcionarios soviéticos han visitado Cuba, Vietnam, Angola, Canadá, Nueva Zelanda, y todas las naciones de la tierra. Su experiencia no se remite sólo a sus fronteras. El mismo Kennan continúa: "Aquí sólo la joven generación puede ayudar. La generación joven, a pesar de todas las vicisitudes y sufrimientos, es numerosa y vigorosa: y los rusos son gente talentosa".⁴¹ ¿Podemos asumir, cuarenta años más tarde, con el advenimiento al poder de "la generación joven" de Kennan, que las "personas talentosas" que la componen no tienen preguntas corrosivas, ni curiosidad sobre ideas más allá de los confines de su propio y estrecho "mundo mental"?

Sería pensar demasiado mal de los eslavos el creer que no persista en ellos algún espíritu de cuestionamiento. Contravendría el probado heroísmo de Sakharov, Solzhenitsyn, Scharansky, Bukovsky, y cientos de otros testigos. Pese a ello, uno no debe atreverse a descontar el feroz poder de los "lavados de cerebro", ni tampoco para aquellos que deben pasar bajo el rigor de ser aceptados en los rangos más altos de la clase dirigente, el control total ejercido sobre la formación de su "mundo mental". Uno no puede atreverse a descontar la extensión en la que su propio poderoso interés personal, confort y ansiedad de poder coincide con la entrega a la "ideología" y el "mundo mental" en el cual han sido laboriosamente adoctrinados. No se debe olvidar que el desacuerdo público seguramente destruiría sus carreras, despedazaría sus familias, siendo sentenciados a hospitales psiquiátricos, etc.

Pero ello no es incompatible con el lento colapso de las convicciones desde dentro y con la lenta búsqueda de más satisfactorios modos de razonar. Uno debe observar a los soviéticos, o al menos a un número de ellos, como sujetos de investigación, comprensión, capacidad de juzgar y de escoger, aunque sólo sea en la privacidad de su propio "mundo mental". Negar esto, es negar su humanidad.

Con tales circunstancias a la vista, ¿no sería útil para la comunidad intelectual americana preparar simples informes concernientes a las presuposiciones de nuestra tradición en los derechos humanos? ¿Y buscar analogías para tales presuposiciones en la experiencia de nuestros interlocutores soviéticos? Ni siquiera tenemos manuales básicos que intenten promover dichos materiales. En cierto sentido, el primer paso operacional en una guerra "de ideas" es tener nuestras propias ideas claras, y en cierta forma accesibles a quienes queremos comunicárselas.

40 Ibid., p. 116.

41 Ibid., p. 119.

Nada de esto es para negar lo que Kennan dijo en 1947: aún hoy en el Kremlin "las palabras llevan el mayor peso cuando tienen el prestigio de reflejar, o ser respaldadas por hechos de invariable validez". Ejemplo, la validez de armas indeseables. Apoyo fuertemente un presupuesto de defensa más alto y una firme resistencia contra los soviéticos. Soy, después de todo, un así llamado neoconservador. Pero hay un lado de la teoría del neoconservantismo rara vez hecha explícita: el conflicto entre la URSS y los Estados Unidos tiene que ver con las armas, sí, pero además con el espíritu humano. El intelecto humano también tiene sus métodos. No debemos des-cuidarlos.

Violaciones a los Derechos Humanos por parte de los Tradicionalistas

Pero los soviéticos no son el único blanco —son sólo el blanco más peligroso— de la política exterior de los Estados Unidos. Los norteamericanos a menudo olvidan que el liberalismo tiene no un enemigo, sino dos. Por el lado de la izquierda la sociedad liberal se opone radicalmente a las ideas del comunismo. Pero, del lado de la derecha, también se opone radicalmente a las ideas de las sociedades tradicionales. Una larga mayoría de los estados del mundo, variando en grados, son sociedades tradicionalistas. Hay significativas diferencias culturales entre las sociedades asiáticas y las sociedades latinoamericanas, entre las africanas y las sociedades islámicas del Oriente Medio. En realidad, cada Estado tiene sus propias características. Sin embargo, casi todas las sociedades tradicionalistas del Tercer Mundo experimentan un cierto grado de dificultad en la protección de los derechos humanos.

1 En el orden político, los dirigentes tradicionalistas vienen de una de las tres clases: del clero (como en Irán), de la aristocracia agraria o del ejército. Las instituciones de derechos humanos son, a lo más, frágiles.

2 En el orden económico, las sociedades tradicionalistas exhiben típicamente formas institucionales tan viejas como las de Jerusalén en los tiempos bíblicos. Jerusalén, como centro de intercambio comercial, tenía mercados, propiedad privada, intercambio y ganancias. Esto no significa una sociedad capitalista. Correctamente hacía notar Max Weber que lo que es nuevo en el capitalismo es el espíritu de invención, de descubrimiento y de crecimiento.⁴² Fal-

42 Sobre el lado positivo, Weber escribió: "La ganancia de dinero en el orden económico moderno es. . . el resultado y expresión de la virtud y la eficiencia en una profesión. . ."

"Y en realidad, esta idea peculiar, tan familiar hoy en día para nosotros, pero en realidad tampoco una cosa natural, de nuestro propio deber en una profesión, es aquello más característico de la ética social de la cultura capitalista, y es en cierto sentido la base fundamental de ella. Es una

tando este nuevo espíritu, y faltando la oportunidad económica para la formación de asociaciones y corporaciones legalmente reconocidas en el pueblo, tales sociedades son precapitalistas. Su clase media es generalmente pequeña e insegura. La movilidad social para el campesinado y el modesto hombre de la ciudad es escasa. No se estimulan mucho ni la educación ni los hábitos de empresa.⁴³

3) En el orden moral, las instituciones tradicionalistas a menudo se oponen a las corrientes modernizadoras. Dirigentes políticos (como el ayatollah) imponen reglas de moralidad. A la libertad de conciencia se le niega a menudo expresión pública, y la libertad de ideas y de información es solamente parcial.

En resumen, las sociedades tradicionalistas no son ni totalmente democráticas ni totalmente capitalistas ni totalmente pluralistas. En estos tres aspectos quedan por debajo del liberalismo. (Estas tres dimensiones están hábilmente simbolizadas, a propósito, en el *tricoloreur*, de las primeras sociedades liberales.)

Debido a los límites impuestos por la fuerza de la costumbre, y por el poder de las diversas élites tradicionales, y debido a los límites tecnológicos, el régimen tradicional es raramente totalitario. No obstante, su crueldad puede llegar a extremos. Temor al arresto sin causa, a la tortura y al "desaparecimiento", son antiguas pero brutales formas de control social. Más aún, el uso de modernas tecnolo-

obligación que se supone que el individuo debe sentir y siente hacia el contenido de su actividad profesional, no importa en qué consista ésta (pp. 53-54)".

Más adelante, Weber llama la atención sobre un factor en la vida económica que va más allá de las técnicas administrativas y de los factores materiales, que él identifica como "la habilidad y disposición del hombre para adoptar ciertos tipos de conductas racionales prácticas" (p. 26) y para "la influencia de ciertas ideas religiosas en el desarrollo de un espíritu económico, o en el ethos de un sistema económico" (p. 27). En este caso se "refería a la conexión del espíritu de la vida económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético" (ibid). Lo que más visiblemente le llamaba la atención era el espíritu de no estar contento con la subsistencia, sino el de buscar crecimiento y dinamismo. Esto comprende —como en Benjamín Franklin— un incansable espíritu de invención y descubrimiento.

En el lado negativo —importante de notar debido a las tantas consideraciones socialistas contrarias, que enraizan el capitalismo con la idea de la adquisición— Weber se burla de la teoría "nativa" de "kindergarten" del capitalismo. "La ilimitada avidez de ganancia no es en nada idéntica con el capitalismo y lo es menos aún su espíritu" (p. 17). Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (New York: Harcourt, 1920). Ver también mi *Freedom with Justice: Catholic Social Thought and Liberal Institutions* (New York: Harper & Row, 1984), capítulo 1, "Theology and Economics: The Next Twenty Years".

43 Ver mi *Freedom with Justice*, capítulo 10, "Liberation Theology in Practice", y "The Liberal Society as Liberation Theology".

gías simples refuerza la tiranía tradicional; en alguna medida, cambia su naturaleza. La moderna sociedad tradicional puede ser mucho más represiva que su predecesora de hace cincuenta años. Automóviles, helicópteros, radios portátiles, incluso computadoras, dan a la autoridad mucho mayor poder. Desde un punto de vista operacional, ya que no ideal, el Estado autoritario no es fácil de distinguir del Estado totalitario. Hoy día existe todo un espectro. (Por supuesto, incluso quienes niegan completamente esta distinción conceptual entre autoritarismo y totalitarismo esperan típicamente que ocurran cambios más rápidos dentro de los regímenes autoritarios que en los totalitarios. Estos cambios deberían ser precipitados, según ellos instan, por la presión de los Estados Unidos. Mientras este ensayo era llevado a las prensas, el mundo vio dos ejemplos: el de Haití y el de Filipinas.)

En el otro lado de la medalla, tradicionales formas de vida social, a menudo basadas en el parentesco y variadas formas de localismo, son poco adecuadas, si es que realmente lo son, al beneficio de las formas de organización social necesarias para controlar la tiranía y proporcionar una base popular para un efectivo autogobierno democrático. Los hábitos de la población tradicional, su habilidad en cuanto a organización y comunicación, y a veces incluso el modelo de un antiguo espíritu de resignación y pasividad, los hacen vulnerables a la opresión.

La situación de los derechos humanos en las numerosas naciones de este planeta es, por lo tanto, frágil y a veces descorazonadora. En tres aspectos, sin embargo, la buena tierra hace brotar pequeños retoños de esperanza.

Primero, las sociedades tradicionales son típicamente susceptibles de cambios relativamente dramáticos. Algunas han demostrado su progreso en el sentido de la protección de los derechos humanos de sus ciudadanos. En Latinoamérica el esfuerzo público por parte de gobiernos democráticos tiene una amplia trayectoria; aun en el caso de repetidos fracasos, es recurrente. Hoy día incluso los teólogos de la liberación reconocen que el difundido retorno de los regímenes democráticos en naciones como Brasil, Argentina, Perú y otras, presenta una situación notablemente diferente de la de hace quince años.⁴⁴ En el Este asiático, donde el impulso es más débil que en Latinoamérica, gente trabajadora e inventiva ha conseguido extraordinarios adelantos económicos. En esto ellos se han beneficiado del clásico amor asiático por la familia, la educación y el

44 Ver Hugo Assmann, "The Improvement of Democracy in Latin America and the Dept Crisis", en Michael Novak, ed., *Liberation Theology and the Liberal Society* (Washington D.C. American Enterprise Institute, por salir). Para una breve información de la nueva importancia adscrita a la democracia en la teología de la liberación, ver mi "Liberation Theology on the Move". *National Review*. 20 septiembre 1985, p. 37.

aprendizaje. Tales fuerzas culturales han lanzado a varias naciones del cordón Este de Asia a avances económicos sin precedentes.

Segundo. El poder de instituciones tradicionales como la religión, las artes, la prensa y autoridades locales han moderado la brutalidad de un buen número de regímenes y, en cierto grado, han limitado los excesos de la tiranía.

Tercero. Un fuerte residuo de creencias tradicionales, ampliamente entronizadas en la población, ha activado a menudo una no desdeñable dosis de vergüenza. Durante mi breve servicio en la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, he observado que representantes oficiales y otros ciudadanos de sociedades tradicionales a menudo manifestaban vergüenza en relación a los abusos de sus propios gobiernos. Por contraste, no se manifestaba ninguna vergüenza entre los representantes de regímenes abusivos, que practicaban la crueldad basados en principios y con elaborada justificación. La vergüenza no debe ser descartada como una realidad importante en los asuntos humanos. Una cosa es el abuso de los derechos humanos violando las profundas creencias sociales de su propio pueblo, y otra el hacerlo sin ninguna vergüenza y por convicción. Para las víctimas, esta distinción podría ser de muy poco consuelo, y podría en el hecho contribuir a proporcionar mayores razones para la resistencia y el desprecio. No obstante, una sociedad avergonzada por los delitos de sus gobernantes está en mejor posición para derrocar a esos gobernantes, en nombre de valores humanos compartidos, que una sociedad que deliberada y sistemáticamente denigra los derechos del individuo, en nombre del Estado.

Sin embargo, ya sea bajo un régimen de tipo comunista o tradicionalista, un abuso de los derechos humanos es un abuso de los derechos humanos. Ninguno de tales abusos puede condonarse. Aquellos dedicados a expandir la protección institucional de los derechos humanos deben trabajar para establecer tales instituciones universalmente, en todos los lugares en los cuales ellas no existan.

Aquí, algunos analistas sostienen que mejor que perder tanta energía en la tarea relativamente inútil de promover los derechos humanos en la URSS, los Estados Unidos deberían concentrarse en lograr un mejor desempeño en derechos humanos entre sus "clientes", donde el éxito es mucho más probable.⁴⁵ Limpien el llamado "mundo libre" primero, dicen, antes de ensayar posibilidades imposibles.

45 Desde el punto de vista de la efectividad, cabría hacerse una suposición con el fin de concentrar nuestros esfuerzos, no en adversarios que están muy lejos de nuestro alcance, o en "amistosos violadores", muy difíciles de manejar, porque nuestros lazos con ellos son muy débiles (como es el caso de China), sino en clientes que dependen ampliamente de nosotros, por cuyos gobiernos, o por cuyas "acciones" de gobierno, no podemos eludir una fuerte dosis de responsabilidad y cuyas reformas apuntan tanto a nuestro deber moral como a nuestros intereses políticos". Hoffmann, "Human Rights", p. 47. "Nosotros podríamos no estar en condi-

Hay tanto mérito como peligro en esta objeción. La tarea de establecer conceptos efectivos, hábitos, instituciones y asociaciones de derechos humanos es, en casi todos los casos, largo, complejo y dificultoso. Sin embargo, algunas sociedades más que otras, tienen ya algunos requisitos como punto de partida. Esto explica, tal vez, por qué tantos occidentales se sienten mucho más ofendidos por los abusos en los derechos humanos en sociedades que ya comparten muchas de las tradiciones religiosas del Occidente —Sudáfrica, Chile, las Filipinas— que por similares (y en algunos casos peores) abusos en sociedades que carecen de estas tradiciones. Tal vez si muchos activistas de los derechos humanos, al menos tímidamente, reconocieran esto, en dichas sociedades podrían obtenerse más rápidos y mayores progresos. Más aun, los abusos en los derechos humanos en aquellos que públicamente profesan creencias occidentales resultan menos perdonables. La tendencia de interpretar la política de los derechos humanos como una política para Latinoamérica quizá venga de aquí.

Pero el peligro de esta objeción es que tiende a privilegiar la "falsa conciencia". Favorece la entrega a tareas más fáciles, para así ocultarse a sí misma la verdadera naturaleza del conflicto. No se debe contar como virtud aceptar que el más formidable enemigo de los derechos humanos escape a nuestros esfuerzos, simplemente porque sus sistemáticos abusos lo hacen más difícil de enfrentar.

Así, tal como he concluido mis observaciones acerca de la Unión Soviética, así termino este breve panorama de los derechos humanos y sus abusos en los regímenes tradicionalistas. No nos atrevemos a imaginar que justo porque la Declaración de los Derechos Humanos de Naciones Unidas ha sido aceptada por virtualmente todos los gobiernos del planeta, sus ideas fundamentales han sido universalmente entendidas, o que las instituciones y asociaciones libres

ciones de hacer mucho en Albania, Mongolia exterior, incluso en Rumania o en China, menos aún en Rusia, pero hay cosas que podemos realizar con nuestros propios clientes. . . En términos de avance sobre derechos humanos, cada país tiene su propia esfera de responsabilidad y esa corresponde precisamente a los clientes. . . Si uno parte de la base de que una vez que alguien es su cliente ya no hay absolutamente nada que usted pueda exigirle siempre terminará siendo víctima de sus dependientes. En la mayoría de los casos los regímenes de turno no tienen otra parte a la cual recurrir; si buscan a otro y su nuevo protector es de todas maneras amigo nuestro, no se ha perdido nada. Y es la postergación de las reformas, la persistencia en la represión, la que prepara los excesos o los horrores de los regímenes que vendrán después. Nuestra política debe proponerse utilizar nuestra influencia con el propósito de defender los derechos humanos, concillando preocupaciones de seguridad con consideraciones de derechos humanos, de manera de mejorar ambas cosas en lugar de sacrificar lo último por lo primero; y si la intención falla, debemos deliberadamente, aun en forma gradual, disociarnos del violador". Hoffmann. *Duties* pp. 136-137.

aptas para englobar esas ideas en forma práctica, regular y rutinaria, estén ya actuando. Los clamores en favor de los derechos humanos no pueden ser meramente retóricos. Hasta que no hayan sido suficientemente incorporados en los hábitos de la población, y encarnados en instituciones y asociaciones libres, los derechos humanos no tienen más valor que las marcas de tinta en el papel o el movimiento del aire en los labios. La tarea estratégica que el Occidente se ha dado a sí mismo, debe ser realizada con todo el debido respeto por las dificultades y los muchos, necesarios, pequeños pasos inherentes a ella.

Conclusiones para la Política

De estas reflexiones extraigo las siguientes conclusiones para la política.

1 El poner énfasis en las concepciones occidentales de los derechos humanos en la política externa de los Estados Unidos es no sólo ser fiel a nuestra propia historia e identidad. Es también de una inmensa significación universal. Es una fuente de esperanza para todas las razas. Desde los lejanos márgenes del Gulag, desde las prisiones de la Cuba de Castro, hasta Argentina y Chile, los sobrevivientes han informado cuán importante fue esta esperanza para su sobrevivencia.⁴⁶

2 Este énfasis requiere que los Estados Unidos presten una desusada atención en la política exterior a la pedagogía de los derechos humanos.

Esto significa analizar tales derechos en su realidad constitutiva. La protección de los derechos humanos no puede lograrse separada de un claro entendimiento de ciertas ideas básicas acerca de la persona humana, de las comunidades humanas, del Estado limitado y del bien común; separado de los correspondientes hábitos de pensamiento, sentimientos y acción; separados de la esmerada construcción de instituciones realistas que engloben tales ideas y tales hábitos; y separados de las vigilantes asociaciones libres que hacen que esas instituciones funcionen como deben. Un compromiso para la protección universal de los derechos humanos, por lo tanto, implica una función pedagógica en la política exterior de los Estados Unidos, un compromiso para una instrucción práctica en las ideas

46 Ver, por ejemplo, Armando Valladares, "Remarks and Poems" *Catholicism in Crisis*. Septiembre 1983, pp. 16-18. Después de recibir una condecoración en Washington, D. C., Valladares dijo: "Esta distinción que ustedes me otorgan será muy importante para todos los prisioneros cubanos. Cuando sea conocida en las prisiones políticas de Castro, y sí que será conocida, ellos se llenarán de alegría, sentirán que ya no están solos; que no han sido olvidados; que sus hermanos en Cristo los respaldan desde atrás". (Ibid., p. 17.)

y en los métodos de protección de los derechos humanos. Para esto existe un manual clásico: *El Federalista*. Cómo construir una sociedad que exprese y proteja "el sistema de libertad natural" es el problema que los autores de *El Federalista* se impusieron.⁴⁷ Basado en la experiencia acumulada de los últimos 200 años, y especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, manuales similares debieran ser preparados.

Debe notarse que el Partido Comunista, mejor que la sociedad liberal, ha entendido la naturaleza pedagógica del empecinado conflicto. Los soviéticos entrenan a cientos de miles de hombres en su visión de la sociedad del futuro, se preocupan de que ellos entiendan sus principios y los instruyen cuidadosamente en el arte táctico y estratégico. A pesar de que los soviéticos profesan su materialismo, entienden mejor que nosotros el poder de las ideas.

3 El Departamento de Estado de los Estados Unidos y las instituciones privadas necesitan entender (mucho mejor de lo que cualquiera entiende ahora) las virtudes morales específicas a las sociedades que efectivamente protegen los derechos humanos, y las específicas instituciones prácticas que deben construirse. De acuerdo a esto, debe diseñarse una ayuda. En vastas regiones de África, por ejemplo, no existen detectives o investigadores entrenados; incluso en casos de simples crímenes, apenas se puede hacer justicia.

4 En particular, en todas las naciones con las cuales los Estados Unidos tengan tratos se precisa una vigilancia acerca de los libros, videocassettes, revistas y cosas por el estilo, corrientemente disponibles en cada país, que den clara instrucción en los conceptos básicos en cuanto a la tradición de los derechos humanos. En muchos países, libros sobre marxismo son obtenibles en abundancia, en traducciones, en ediciones baratas. Por contraste, incluso algunos clásicos básicos de la tradición occidental de los derechos humanos son difíciles de encontrar.

5 Los hábitos requeridos en las sociedades tradicionalistas —en algunos casos, por ejemplo, resignación, pasividad, vida familiar y

47 En el primer párrafo del primer ensayo *Federalist*, Publius escribe ". . . parece haber sido reservada a la gente de este país, por su conducta y su ejemplo, decidir la importante cuestión de si las sociedades humanas son realmente capaces o no de establecer buenos gobiernos por medio de la reflexión y la elección, o si bien están destinados para siempre a depender para su constitución política de accidentes y de la fuerza. Si hay alguna verdad en la observación, la crisis a la cual hemos llegado podría con propiedad ser mirada como la era en la cual esa decisión tiene que ser tomada; y una elección errónea acerca del aspecto de cómo debemos actuar, podría, a este respecto, merecer ser considerada como la desgracia general de la humanidad" (p. 33). Ver también la cita del *Federalist* N° 9, en N° 11 supra.

cosas parecidas— no son idénticos a los hábitos de iniciativa, asociación, responsabilidad cívica, etc., necesarios para el funcionamiento de instituciones efectivas de derechos humanos. En la mayor parte de las discusiones sobre derechos humanos el papel de los hábitos es lamentablemente descuidado. Sin embargo, los hábitos son las disposiciones estables de las acciones humanas que permiten a los hombres actuar en forma recurrente y confiable. Tanto su presencia como su ausencia —y la suerte de carácter preciso que definen— son cruciales en la confiabilidad de la vida humana social. Sin ciertos hábitos, no pueden funcionar las instituciones de los derechos humanos.

6 En la práctica, los derechos humanos están protegidos por instituciones formales, tales como una división de poderes políticos, gobierno limitado, tribunales que fallen conforme a derecho, asociaciones voluntarias e independientes, propiedad privada, etc. Cómo establecer y regular dichas instituciones es materia del arte político. Las sociedades libres requieren un alto grado de conocimiento y artesanía. Sin embargo, el arte político de las sociedades libres no ha sido bien estudiado, comunicado o transferido. El atractivo de las ciencias ha disminuido nuestra conciencia de que la política es también un arte, acerca del cual, dada una cantidad de experimentos internacionales, los que lo practican pueden aprender mucho. Tal estudio de las artes políticas ¡ay! está en su infancia. Debe ser conducido hoy día dentro de un esquema internacional de referencias.

7 El informe anual del Departamento de Estado de los Estados Unidos sobre derechos humanos es una buena iniciativa. A pesar de sus inevitables defectos, y a pesar de anteriores objeciones de que es algo arrogante para una nación editar "una carta informe" sobre otras naciones, este informe anual ha sido de probada utilidad internacional. Contribuye a enfocar la atención de cada embajada de los Estados Unidos en este planeta en materias cruciales y muestra cuán largo camino queda todavía por delante. Yo sugeriría que cada edición anual llevara un importante ensayo sobre las ideas cruciales, los hábitos, las instituciones y asociaciones que confieren realidad a los derechos humanos.

8 Algunos abusos a los derechos humanos por parte de ciertos gobiernos son tan flagrantes que llaman a gritos a una protesta de la comunidad humana. Los grupos privados tienen un papel crucial en estas protestas. Pero los gobiernos igualmente tienen un papel indispensable. Hay disponible todo un haz de vías y métodos de protesta. Los gobiernos deben seleccionar de dicho haz con un ojo preciso para dar en el centro del blanco. A veces fuertes voces de protesta son efectivas; a veces actos punitivos, anunciados públicamente o aplicados en silencio; a veces demostraciones privadas

a través de cualquiera o de todos los muchos posibles canales; a veces acciones y voces concertadas con otras naciones; a veces solas, etc. El criterio de selección debería ser uno muy simple: resultados. El propósito no es retórico ni dramático. El propósito es ayudar a personas reales.

9 Las naciones occidentales de mentalidad afín, completamente comprometidas con los derechos humanos en una tradición de común entendimiento, deberían formar su propia comisión internacional de derechos humanos, aparte e independiente de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. Esto permitiría pronunciamientos claros en una voz común, de acuerdo a padrones comunes sin los inevitables e insatisfactorios compromisos requeridos por Naciones Unidas. En esta última, entendimientos radicalmente divergentes y pasiones faccionales desvirtúan las acciones efectivas. Peor, el verdadero lenguaje de los derechos humanos se ve amenudocorrompido.

10 Ya que la oposición militante contra los derechos humanos es necesaria para la autoidentidad de la URSS y sus aliados, la protección de los derechos humanos yace en el corazón de lo que eufemísticamente (y sólo geográficamente) se llama "conflicto Este-Oeste". Este conflicto debe ser claramente entendido, tanto en su teoría como en su dimensión práctica. Ningún otro enemigo de los derechos humanos está más fuertemente armado y es más activo en la escalainternacional.

"¿Qué tienen que ver los derechos humanos con Andrei Sakharov?" Más de una vez he escuchado al representante soviético decir esto en la Comisión de Derechos Humanos, exponiéndolo con rabia. "El es sólo un individuo que reside en Gorky. ¿Qué tienen que ver los individuos con los derechos humanos?"

11 Como Lane Kirkland, presidente de la AFL/CIO dijo una vez: "Una política de derechos humanos que. . . en efecto transfiera territorio político de los autoritarios a los totalitarios es una política de derechos antihumanos".⁴⁸ Por una parte, la amenaza soviética no debe ser utilizada para excusar los abusos de los derechos humanos en regímenes tradicionalistas. Por la otra, la acre condenación de los occidentales a abusos de los derechos humanos por parte del Sha de Irán ayudó a pavimentar el camino para los peores atropellos del ayatollah; las violaciones a los derechos humanos por el gobierno de Thieu en Vietnam quedaron cortas ante las masi-

48 Citado en Penn Kemble, "Introduction", a Michael Novak y Richard Schifter. *Rethinking Human Rights: Speeches by United States Delegation to the 37th Session of the United Nations Commission on Human Rights* (Washington, D. C.: Foundation for Democratic Education, 1981), p. 5.

vas y cuidadosas represiones más tarde impuestas por Hanoi; los pecados de Somoza pueden haber sido rojos, pero los de los sandinistas (muchos de ellos todavía oscurecidos por el turismo político internacional) han llegado rápidamente a ser carmesí.

Finalmente, debe hacerse notar que los abusos a los derechos humanos en Latinoamérica cristiana son más frecuentemente citados en foros internacionales que los peores abusos en África o en países islámicos.

Debe existir un padrón único para medir las violaciones a los derechos humanos, pero cualquiera éste sea, han de tenerse en cuenta los grados de maldad correspondientes y de peligro para terceros.

12 Aquellos comprometidos con los derechos humanos deben tener cuidado con las palabras. Las palabras son el más pobre instrumento a través del cual los derechos humanos son defendidos públicamente. La corrupción de las palabras hace tales defensas imposibles (todas las buenas palabras —"amor", "fe", "lealtad"— están siendo corrompidas constantemente; mantenerlas claras y puras es una tarea incesante). En nuestra era, el lenguaje de los derechos es empleado inescrupulosamente como un intensificador retórico y devaluado por un uso trivial. Más aun, los enemigos de los derechos humanos trabajan incansablemente en tal devaluación. Para nuestra propia supervivencia, debemos proteger estas preciosas palabras.

13 Finalmente, ya sea el gobierno de los Estados Unidos, o mejor, un grupo de estudiosos independientes deben preparar un manual enumerando todas las clásicas objeciones marxistas contra las concepciones occidentales de los derechos humanos, conjuntamente con sucintas exposiciones acerca del por qué dichas objeciones son intelectualmente inaceptables. En una sección aparte, los numerosos factores y alcances de las concepciones occidentales de los derechos humanos deben también ser sucintamente expuestos. Tal manual debe, entonces, ser utilizado por muchos miles de funcionarios públicos, representantes civiles, especialistas, funcionarios bancarios, dirigentes del comercio y otros norteamericanos que tienen trato regular con los soviéticos u otros ciudadanos marxistas. No debe haber ninguna excusa para que los marxistas inteligentes ignoren las razones de por qué sus argumentos son ampliamente rechazados por otros, y las razones de por qué, como la realidad lo demuestra, los conceptos occidentales contienen un genuino fruto, tanto en la protección de los derechos humanos como en el dinamismo económico.

El propósito de semejante texto no será, en primera instancia, "convertir" a aquellos cuyo mundo mental requiera una oposición reflexiva a las ideas occidentales. Es más bien asegurar que ellos al menos entienden las ideas occidentales con exactitud, tal como nosotros las entendemos, aunque continúen oponiéndose a ellas o no. Tal como están las cosas, la inhabilidad de los soviéticos y otros marxistas incluso para entender conceptos diferentes a los suyos es

una violación del diálogo genuino y una señal de debilidad intelectual.

De tal compromiso con una rigurosa discusión intelectual, no se desprende que los Estados Unidos u otros occidentales vayan a colocar su confianza en un "entendimiento mutuo". El interés nacional debe seguir siendo defendido. El peso del inamovible factor de las armas y otras formas de poder tiene un papel decisivo que jugar en la percepción soviética. Pero en un mundo dividido por diferencias fundamentales relativas a conceptos sobre el espíritu humano, el destino humano y los derechos humanos, un puro énfasis en la "contención" de armas y en una "detente" superficial y vacía, no puede nunca ser suficiente. El espíritu humano está también comprometido con nuestra lucha contemporánea. En tal lucha, la investigación intelectual juega un papel vital. Los intereses estratégicos de los Estados Unidos, por lo tanto, requieren que las ideas jueguen visiblemente una parte prominente en la lucha. Más agudamente que las armas, las buenas ideas están destinadas al meollo de la fortaleza del poder soviético: el inadecuado "mundo mental" y la "ideología" de la clase gobernante soviética. Allí reside la clave para una diferente clase de mundo al cual, absurdamente, nos encontramos ahora condenados. El nuestro no es un mundo "sin salidas". Existe una salida. Esta descansa en las posibilidades creativas del espíritu humano, sobre todo en la mente incansablemente investigadora.

En resumen, los intelectuales de esta nueva era juegan un papel de enorme responsabilidad. Bajo nuestro cuidado, tal vez más que en el de cualquiera otra agrupación de conciudadanos, están las ideas, palabras, hábitos morales y principios de esas instituciones y asociaciones libres en las cuales los derechos humanos viven, se mueven y tienen su ser. La protección de los derechos humanos de cada persona de este planeta comienza, antes que nada, con nosotros. Tenemos mucho por lo que responder.